



Génesis apócrifo

ALFONSO SÁNCHEZ ARTECHE

Génesis apócrifo

Fábulas, mitos y otras ficciones

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

ALFONSO SÁNCHEZ ARTECHE

Génesis apócrifo

Fábulas, mitos y otras ficciones



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Evelyn Osornio Jiménez, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Génesis apócrifo

- © Primera edición: Universidad Autónoma del Estado de México, 1985
- © Segunda edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2012
- © Tercera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2014
- © Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Alfonso Bladimiro David Sánchez Arteché

ISBN: 978-607-490-276-1

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/38/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Desde el Ganges a Marruecos, los pueblos del Sur y del Norte han dado a luz a lo largo de tres milenios un género literario, la fábula, que siempre pretende en el fondo una y la misma cosa: unir la moral con la belleza, alcanzar el *utile cum dulci*. ¿No será esto buscar la cuadratura del círculo? ¿No se tratará de algo imposible de lograr? Quizás sea así, pero bueno será advertir que éste es también el fin de todo idioma humano. ¿Qué es en el fondo el habla sino metáfora, parábola y fábula? La palabra “fábula” deriva de *fari* y significa idioma; los vocablos franceses *parole* y *parler*, ambos derivados de *parabula*, el español “hablar”, procedente de *fabulare*, y el italiano *favella*, todos nos dicen que nuestro hablar es también un fabular.

KARL VOSSLER

El mito dura más que el rito y renace en el cuento.

VLADIMIR PROPP

Solsticio hiemal

Era recio el invierno como una espiga de puñales, macizo y acorazado como la piña del eucalipto, ceñido en el olote de su noche como un arsenal de granos punzocortantes.

Expulsado a la vida el Sol-Niño, la Diosa Madre anudó el rayo de luz umbilical que los tenía amarrados, con dientes de jaguar cercenó el último lazo de mutua esclavitud y, en aguas del río Nilo, del mar Egeo, del lago Titicaca, lavó el incandescente cuerpo fraguado con el aliento de una promesa.

Cuando aparezca en plenitud de su poder tras las cumbres heladas, con su arco al hombro y el manajo de radiantes dardos sujeto en la mano contraria, cuando despierte flechador de silencios, asesino de brumas, victimario de estrellas, aprenderemos a nombrarle Osiris, Mitra, Adonis, Atis, Agnus Dei, Colibrí Zurdo, Viracocha.

La Diosa Madre ha congregado a todas las criaturas de su vientre para que rindan homenaje al hermano mayor, al más pequeño y al que entre todos manda por encontrarse al centro de las estaciones, rielando en danza circular el corazón del tiempo, tiempo todo su ser, tiempo toda su ruta, tiempo todo su espacio seccionado.

El primero en llegar es el venado, manso y tímido, doblando la cerviz ante la coruscante desnudez del recién nacido. En premio a su obediencia, recibe una ostentosa corona que transforma su cráneo en raíz de un árbol sin hojas, pero frondoso y fuerte y bifurcado.

Después se acurruca el león a los pies de la aurora, como guardián de amenazante ronroneo. Su recompensa ha sido la dorada cauda que le orna la testa desde entonces, símbolo del poder en el cenit de las formas orgánicas.

El águila desciende hasta el portón de Oriente para marcar el rumbo, despejar el camino y anticipar la cercanía sangrienta del crepúsculo. Su trofeo son las alas poderosas que abanderan la guerra y la rapiña en todo el orbe.

Llega también la rastrea oruga para obtener, a cambio de su humildad, el inocente don de transformar el azul cortinaje del cielo de primavera en tapiz decorado con relámpagos multicolores.

No estuvieron presentes la víbora y el cuervo, la mosca y el elefante marino, la espiroqueta pálida y el dinosaurio. Por eso cargan como castigo la fealdad, el estigma maligno o la extinción.

El hombre llegó tarde a la ceremonia de consagración. Cuando hizo acto de presencia, el niño ya había crecido y se encontraba a la mitad de su camino. Por esta razón se nos tiene prohibido mirar al Sol de frente.

Desde aquel día, nadie conoce el rostro de la luz. Y si alguien tiene la osadía de contemplarla cara a cara, lo más posible es que se quede ciego. Algunos simplemente enloquecen.

Génesis apócrifo

Cuando llegó el maestro Rafa, había un barullo infernal en las obras a medio construir. Multitud de ánimas benditas, entre custodios, potestades, querubines y serafines, iban de un lado a otro cargando cubetas con mezcla, acarreando sacos de cemento y empujando carretillas con toda clase de materiales para construcción.

—A ver si se apuran, con un carajo —clamaba furioso, al tiempo de apuntar con su espada flamígera al rostro de un corpulento y sudoroso angelote de pantalón vaquero que lo veía con expresión de azoro.

—Se hace lo que se puede, don Rafa. Estamos trabajando a destajo desde que se nos pidió la chamba.

—Te advierto una cosa, Camacho —y le picó el ombligo con su tremebundo fierro—: si en tres días no han terminado, se te acabaron los contratos de obra.

—¿A poco usted cree que hacer un planeta es cualquier cosa?... Y luego en siete días, ¡no la raspe!...

—Nada de siete. Son seis nada más, porque el séptimo se inaugura y el patrón está muy ilusionado con este proyecto. Dicen que hasta gente le quiere meter.

—Pero todavía nos falta un resto... A ver, Mandujano, ¡ven para acá!

Un ángel de la guarda tan anteojudo como torpe se acercó, tropezando con los olanes de sus alas.

—Dile a don Rafa lo que llevamos hecho y lo que todavía nos falta por hacer.

—Excelentísimo señor Arcángel —pausa y carraspeo—, me permito informar ante Vuestra Soberanía que, según los planos, estamos en 37.95% de avance, aunque si tomamos en cuenta los parámetros...

—En pocas palabras, ¿van a tener esta tiznadera lista para el sábado?

—¿Para el sábado? —Mandujano se estremeció—. Uy no, señor, ni de relajo. Apenas acabamos de echar los cimientos para el Himalaya y no creo que el océano Pacífico quede totalmente escarabado antes de diez días. Los fontaneros y electricistas prometieron que la obra negra quedará instalada el viernes en la noche, pero según la teoría gravitatoria...

—Agarra tus teorías, hazlas rollo y métetelas por la aureola. ¡Quiero que el sábado, a más tardar, esté concluida esta mugre o a todos les va a ir como en feria!

Y se fue de volada. El sexto día, el altivo Luzbel, secretario privado de quien ustedes saben, llegó a supervisar personalmente los trabajos.

—¿Esto es lo que llevan apenas? De haber sabido ni vengo, porque con ustedes no se gana para vergüenzas... ¿Qué es ese canalito que relumbra a lo lejos?

—El Amazonas, señor —explicó Mandujano—, nada más tenemos que rectificarle el curso para que pase recto y alcance a regar el Valle del Mezquital.

—¿Y esa zanjota?

—La Falla de San Andrés. Pensamos meterle relleno de mampostería, para que no vaya a provocar problemas.

—Pues qué pinche les va a quedar. En fin, allá ustedes. Yo siempre me opuse a la idea, pero el jefe es necio y está endiosado con su proyecto...

Y agitando su abanico de nubes, se perdió en el firmamento como un cometa.

Ese mismo día, por la tarde, mientras el arquitecto y el contratista discutían, llegó el chismoso de Gabriel muy agitado:

—Rafa, Rafa... ¡Ya te cargó la tía de las muchachas! Luzbel fue a contarle al Señor que las obras van muy retrasadas y Él ya no quiere venir.

—Nada más eso nos faltaba, ¡te responsabilizo de todo, méndigo Camacho!

—¿Y yo por qué? Más rápido no se puede.

Uriel, que estaba presente, pero que no hacía más que observar el panorama, de pronto comenzó a hablar animadamente:

—Si serán tarugos... ¿A poco el patrón va a rasguñar la cubierta para ver si lo de adentro está bien construido?

—Claro que no. Su reuma le impide agacharse.

—Pues hay que tapar todo con pasto-alfombra y flores; que se vea bonito.

—Es que todavía no hemos podido echar el colado —intervino Camacho— y luego para que cuaje está difícil.

—Nada, nada. Vegetación a morir, agua salada o dulce en todos los huecos, esos montones de tierra los cubrimos con nieve, tapizamos de avena los valles y ¡ya la hicimos!

—¡Eres un genio, Uriel! —exclamó jubiloso Rafa que ya se sentía salvado.

Cartucheras al cañón, Camacho se puso en movimiento. Hizo traer plantas de todo tipo y agua en todas sus formas desde la constelación de Proserpina.

—Pero, ¿y la gente, Uriel, de dónde la vamos a sacar?

Un silencio sepulcral se apoderó del grupo. No se prolongó mucho tiempo, pues el más desconocido de los arcángeles siempre hallaba respuesta para todo. Por esa razón sus colegas le obedecían en privado, pero ante el Señor muy pocas oportunidades le concedían de hablar, para impedir que les robase cámara.

—Animales y gente los podemos traer de las zonas cuarta y quinta de la galaxia de Eolo. Allí sobran.

Entonces intervino Mandujano, tan molesto por sus afanes tecnocráticos:

—Está bien, pero al menos debemos seleccionarlos. Si ustedes me permiten decirlo, algunas especies zoológicas requieren de clima, alimentación y condiciones ambientales que aquí no se presentan. El dinosaurio o el australopitecus, por ejemplo, se extinguirían fácilmente.

—Eso no tiene importancia —respondió Camacho con enfado—, lo que en realidad nos interesa es que el patrón vea esto retacado de cosas, como lujuriosa vegetación, fauna variada y humanidad multiforme.

Mandujano tuvo que admitir esa tesis realista y modernizadora: para conservar el empleo, uno tiene que estar bien con el que manda.

Al otro día, a pesar de sus dudas, Jehová se presentó puntualmente para cortar el listón inaugural, develar la placa y encender la lámpara votiva que alumbraría eternamente al planeta que estaba siendo puesto en servicio.

—Hágase la luz —expresó en tono grandilocuente, y el sistema de iluminación comenzó a funcionar, claro que después de ser manipulado el obturador respectivo.

—Que haya árboles y matorrales, yerba y algas marinas, plantas comestibles, medicinales, útiles y venenosas.

De inmediato un enorme telón se abrió ante sus ojos y Él mismo no fue capaz de reprimir un grito de admiración al contemplar una deslumbrante escenografía de hojas, pétalos y frutos estremecidos por el viento.

—Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.

Y una multitud de trogloditas desnudos con el rostro pintarrajeado apareció, para arrodillarse ante su divina presencia. Algunos

quemaban incienso, otros proferían alaridos y unos más golpeaban troncos para producir una música endemoniada.

—Creced y multiplicaos —murmuró con los ojos enrojecidos por la emoción—, pero idos a otro lado antes de que me dejéis sordo.

Fascinado por lo que veía, el Sublime Creador se desbarataba en elogios, mientras que un coro de serafines entonaba himnos a su grandeza. Únicamente Luzbel se atrevía a deslizar comentarios sarcásticos al oído de su protector:

—Qué fiasco, mira nada más qué porquería. Esto no va a servir para maldita sea la cosa.

Jehová simulaba no escucharlo, pero su ira iba en aumento. De pronto, volvió la vista hacia su favorito y con voz tronante le dijo:

—¡Vete mucho al diablo! Ya me caíste gordo.

Y, luego de cesarlo en sus funciones como secretario particular, lo nombró administrador del recién fundado negocio:

—Para que veas que no es lo mismo criticar que hacer.

Huelga decir que nunca más se acordó de visitar el planeta que había inaugurado con tanta pompa. Mientras tanto, Luzbel ha demostrado ser tan buen administrador como cualquier otro.

El signo de la alianza

—¿Desde cuándo las águilas se paran en los nopales sin llenarse de aguates, carnalito?

—No la chifles, Manotas, ¿no te has dado color de que ése es el rollo efectivo para el alucine de la raza?

—Me cae que los dejamos estuperplejos con nuestro verbo.

Los tres batos furrientos aposentaron las nailon sobre la guarnición de una barranca para alivianar los pedales un buen ratón.

—Ya la andabas calabaceando —le dieciocho gandallamente el chipocludo Tenoch al ñis Huémac, el de las manoplas súper—; si no te pones abejo, estos penitentes van a pescar la onda y chance nos den en toda la jefa.

—Me late que ya la hicimos —abrió su pútrido océano el punga del Cacomixtli, máster tepiteco en las categos del dos de bastos y del matanga dijo la changa.

—La capirucha, hijines —chinampineó en tono molcajetudo el mero tatachas de la cuachioliza—, como quien dice: la madrota de madrotas, Mexicalpán de los Chayotes, la panocha del glóbulo terraculero, desde el Piedregal hasta la Villita de Aguadalupe y desde Neza hasta Cuajimalpares.

—Ora sí te atizaste macizo, hijín, ¿pos ónde vamos a meter tanta trinche colonia, si aquí pura agua y lodo y carrizal?

—Uta, Manoplas, para qué la haces de tox, si lo que rifa es el apantalle, el irigote cábula para cachar en ofsaid a la naquiza con dos que tres jaladas medio chípiris nais, ¿ves? O séase, a la visconversa, el resto de verbos acá, que si Huichilobos se desayuna la miércoles a puños y que si a los mexicas nos la andan queriendo persinar las otras tribus anahuácaras, ¿no?

—Qué buen patín este de la polaca. Es chido andar grillándose a esta bola de chavos azotados.

El Cacomixtli había sacado su guato de yerbabuena y se ponía a espulgarlo sobre un cacho de papel amate.

Chanteaba una de aquellas tardes plátanas, entre chupazcilla y mengambrea. El sol, como un varo de puro orégano, entraba en la alcancía del Ajusco, enredándose en los paliacates de un cielo tasajeado al que le chorreaba el mole, ni más ni menos como si estuviese en su mezquite. El rumbo de la Viga jedía, ya desde entonces, a puro marisco.

Luego de que se forjó un carrujo chanco con sábana de maíz, el Cacomixtli se atizó un fogonazo y les convidó las tres a

sus cuácharas. Así fue como los apañó el mero mero petatero del Omeyocan, el caca grande, el jorocón mayor, Huitzilopochtli. Él en persona les dio la señal para que fundaran Tenochtitlán, él obró el prodigio, él abrió la brecha a la futura grandeza mexicana:

Hijos de toda su madre, ¿quién dice que las águilas no se paran en los nopales? Ustedes lo dirán de pura mamada, pero aquí sobre este canijo lagote, que no fueron capaces de acabárselo ni los mastorontes ni los iguanópteros, surgirá una ciudad más grande que Babilonia, más corrupta que Solomea y Gonorraea, más pinchurriente que la Roma de Calígula y más jodida que la Troya de Eneas.

Ustedes han sido elegidos para gobernarla, ustedes, escoria de la humanidad, ustedes los grillos, los rateros y los pellejos. Ai se las dejo para que hagan con ella cuanto se les venga en gana. Nomás les pongo como condición que les den en la máuser a los otros pueblos de Anáhuac, que les exijan tributo y que me sacrifiquen a los más pelotudos, porque a veces me dan ganas de echarme una polla para que se me corte la cruda.

He dicho.

Así de chido parrafeó el carbón de marras. Y ai la llevamos, mi buen.

El único edén posible

Existe el paraíso no escrito. Puede leerse en labios portadores de verdades eternas. Existe, pródigo y deshabitado, en espera de una pareja que lo pueble de humanidad sin culpa.

Harum y Zoraida corrieron la aventura, por jóvenes y porque no tenían realmente qué perder. Preguntando llegaron hasta la gruta donde meditaba el guardián del primero y del último de los misterios.

Es necesario, les advirtió, atravesar el desierto, caminando despacio y sin temor a envejecer. Tomad esta vasija. Contiene el agua suficiente para llegar a vuestro destino, si es que sois por fortuna los destinados.

A paso lento, fueron venciendo plenilunios, tormentas de arena y espejismos. Una madrugada, por fin, escucharon la frondosa

música de aves cercanas que los llamaban al encuentro con su armonía. Todo el día caminaron ansiosos, enfebrecidos, con un poco más de angustia que de esperanza.

Por la noche, Harum vio el recipiente casi vacío, dudó que el agua alcanzara para los dos y, cuando tuvo la seguridad de que Zoraida dormía, se apoderó del cuenco y echó a correr hacia el origen de los sonidos que cada vez se escuchaban más inmediatos. Mientras que todos sus músculos se contraían por el afán de llegar a la meta, una sed insaciable iba fluyendo desde su garganta hasta todos los espacios transitables de su organismo. Al descubrir ante sus ojos el jardín que no conoce inviernos, se detuvo un momento, bebió la última gota y cayó fulminado por cataratas de sol que se precipitaban desde el cenit.

Siglos después, Baltasar y Urania decidieron ponerse también a prueba. Serenos e incluso alegres, entre risas y cantos, compartían el exiguo contenido de la jarra. Soñaban el futuro juntos, se creían unidos para vivirlo y prodigarse en él. Pero al oler tan próximo el bosque de los bálsamos y los perfumes, ella perdió la cabeza, mujer como hay tantas, cuya debilidad es el olfato.

A la luz de la luna de estío, llena y ensangrentada, palpitante como si fuera el huevo engendrador de todos los universos, Urania estranguló al asombrado Baltasar con el ceñidor de su clámide. Al impulso de esa misma frialdad calculadora, tomó el cántaro semi-vacío y, caminando gravosamente, llegó hasta el paraíso.

Anduvo maravillada algunos días, creyéndose feliz, realizada y libre para vivir al infinito su nuevo estado. Pero la soledad hubo de venir, pausada y dolorosamente. Comía sin hambre cualquier manjar divino, se recostaba sobre el mullido tapiz eternamente verde

y, pretendiendo conciliar el sueño, el recuerdo de Baltasar la agobiaba. Enferma de remordimiento, agonizante por su falta de compañía, se dejó morir a la sombra del Árbol de la Vida.

Adonai y Varuna fueron los últimos en arriesgarse. Iban tan estrechamente juntos, que *una sola sombra larga* les abría camino en el amanecer o les iba lamiendo los pasos en el crepúsculo. Cuando el desierto clamaba levantando marismas de polvo fino, se abrazaban con fuerza y vencían al miedo, igual que niños pordioseros bajo el dintel de un templo en época de lluvias. No hubo espejismo que los sedujera ni luna llena que los hiciera enloquecer, porque cuando uno debilitaba sus defensas, el otro sabía permanecer en vigilia.

Así fue como vieron el paraíso desde una colina. El agua de la vasija estaba casi agotada, pero ellos no se detenían, transmitiéndose fuerza por medio del enlace ceñido de las manos.

A escasos metros de su destino, sintieron que no podrían ir más allá. Después de repartir la última gota que ambos bebieron en el cáliz de un beso interminable, cayeron juntos sobre el ardiente suelo para conocer, hasta la eternidad, ese solo instante de mentira que aún existe en algún sitio no explorado de nuestro ser.

El verdadero mito de la natividad

Yo no los vi pasar, para qué le voy a contar mentiras, pero mi abuelo que estaba aquí parado, bajo este framboyán, se quedaba muy serio con el espeque en la mano y se ponía a platicarme del día en que por esta misma vereda vio llegar a los santos peregrinos.

Todavía queda la piedra grande que ahora usan de mojonera para saber hasta dónde llegan los pastizales del señor Marié. Le han tratado de desborrar la pisada de san José, pero ahí está clarita la marca, por más que digan los testigos de Jehová que Dios no nació aquí cerca, en un rancho ya para llegar a Coatzintla.

Por esa calzada de palmas reales, mire, bajando el cerro, aquel pelón que antes estaba selvoso porque yo todavía lo vi, y que ahora nada más sirve para que pastoreen las vacas, venía la virgen montada en su burrito, con un vestido de cielo y en la cintura se le miraba

una estrella redonda y blanca, igual que la hostia bendecida, porque al chamaco ya le andaba por nacer.

Mi abuelo iba sembrando entre los matorrales, porque aquí el maíz se da dos veces al año. Siembra usted con Guadalupe, el 12 de diciembre, y viene cosechando por allá por *Corpus*; luego otra vez hay que sembrar con el Carmen, el 16 de julio, para que el Día de Muertos haigan mazorcas para la ofrenda.

Pero entonces no se sabía de santos ni de nada. Cuando veían que empezaban a bajar las aguas finas de noviembre, nada más abrían un hoyo en la tierra con un palo y le aventaban la semilla para ver si se daba. Claro que la mala yerba ahogaba casi todas las plantas. Una que otra era la que se lograba y, además, luego caían las tuzas para acabarse el sembrado.

Casi en el amanecer, porque trabajaba de noche como hasta la fecha algunos, mi abuelo devisó que venían temblando, cubiertos con esa escarcha brillante que es como plumas de tórtola. Venían camino de Coyuxquihui, san José con una vara de almendro en la mano y la virgen encogida sobre el lomo del animal, apenas cubierta con un rebozo para no sentir el aguanieve y para que no se le fuera a resfriar el fruto de su vientre Jesús.

Se les acercó y les dijo que si querían podía llevarlos a su casita, esa misma de tarros que usted vio, que es ahora de mi hermano el mayor. San José le dijo que no, que todavía les faltaba pasar por Ca'chiquín, que también le dicen Papantla, porque andaban arreglando lo de un vainillar que les quemaron los maleantes, cuando entraban sin avisar a las casas y descabezaban a hombres, mujeres y niños, nada más para robarles su vainilla.

San José se veía muy flaco y muy moreno, con su calzón nada más de manta, su camisa blanca, su paliacate al cuello y su sombrero de paja sin adornos. Le preguntó al abuelo que por qué echaba el maíz a puños en cada cepa, sin limpiar antes el terreno, sin chapear ni quemar el monte.

—Ándale, vamos a rozar —le dijo.

Y entre los dos se pusieron a cortar árboles, a quitar las piedras, a desenraizar las matas grandes. Hicieron un montón de ramas en el centro, luego nada más le metieron cerillo a la pila y en un momento estaba echando lengüetadas de lumbre aquella loma.

La virgen, aguantándose los dolores, tenía los ojos negros llenos de brillo porque ya era de noche y se le estaba espejeando la quemazón en ellos. Después los santos peregrinos dijeron que tenían que seguirle, porque el niño iba a nacer en un chiquero, allá en un rancho que queda por Coatzintla.

—Vas a ver qué bonito se te da tu maíz —le platicó la virgen a mi abuelo, y luego le enseñó qué días había que sembrar y cuándo había que levantar la cosecha.

Desde entonces los indios quemamos y chapeamos el monte dos veces al año. Por eso también le hacemos fiesta a san José y a la virgen, porque cuando pasaron por aquí nos enseñaron cómo hacerle para que se nos logre nuestra comida, nuestra tortilla, nuestro atole.

Por allá se fueron, mire usted, por aquellas ruinas blancas que les decimos el Tajín. Y aunque era muy de noche, se les alcanzaba a ver completos, pues el cielo estaba como un altar de palma de coyol: todo cuajado de estrellas.

Los límites del milagro

En torno de aquel pan, obtenido por obra y gracia de la caridad precristiana, maestro y discípulos aplazaban el momento de partirlo.

—¿Cómo es posible —cuestionó Tomás el descreído— que hace apenas una luna hayamos asistido al milagro de la multiplicación de los peces y de los bolillos, y que hoy debamos conformarnos con este birrote tieso, fruto de la tierra y del trabajo del hombre?... ¿Podrías explicarnos esta paradoja sin echar mano de una parábola?

Resoplando pausadamente, el redentor contestó entonces, en el tono magistral de quien se sabe genio e incomprendido:

—Malaventurado aquel que piense que obrar milagros es cosa del otro jueves, porque jamás conseguirá poner en equilibrio una canica grande sobre otra de menor diámetro. El hacedor

de prodigios, tanto como el prodigio mismo, están en manos del misterio. Hay algo más poderoso que las leyes del universo. Es una fuerza sobrenatural que pone en marcha el mecanismo de lo mons-truo-so para hacer viable la fabricación del milagro.

—¿Monstruoso has dicho? —inquirió Juan, cuya adolescente fantasía estaba siempre a un grado de la ebullición.

—Resucitar a un muerto, por ejemplo, ¿o es que hay algo más monstruoso que violar las normas de la economía, haciendo que de la nada sean producidos peces y panes? No, hijos míos, los milagros no pueden estar a merced de los ineptos, de los irresponsables, de los demagogos ni de los agoreros de infortunios. Si alguien los provocara a cada momento, las leyes de la naturaleza perderían su vigencia para convertirse en una especie de Carta Magna.

—¿Cuáles son, entonces, los límites del milagro? —preguntó Tomás, sin abandonar su actitud de insolencia.

—Cada milagro que se nos concede es una deuda que contraemos —dijo, condescendiente, el maestro—: tanto recibes, tanto pagas, con sus réditos inevitables. Si resucitas a un prójimo, deberás asistir impotente a cien o más fallecimientos. Devolver la salud a alguien te obliga a padecer una docena de enfermedades incurables. Así, después de haber participado en aquel festín, nos esperan cuarenta días de hambre y mortificación.

—¿La capacidad de obrar milagros es como una tarjeta de crédito? —intervino Judas el emprendedor.

—Exactamente igual. Yo, hacedor de milagros, tengo abierta una línea de crédito, concedida por el Señor de todo lo mortal y de todo lo terrestre. Si me sobregiro y no pago a tiempo los adeudos vencidos, el documento me será cancelado.

—¿Quieres decir que hemos despilfarrado cuarenta días de buena alimentación, sólo para quedar bien con los invitados a ese banquete? —repuso Pedro el cabezadura.

—No se trata de un despilfarro. En verdad os digo que hemos ganado en imagen. Tal vez comprometimos nuestro futuro bienestar, pero hoy somos más populares que nunca. Los milagros siempre dan prestigio.

Judas había hundido la barbilla en el pecho y meditaba en voz baja. Sorpresivamente propuso, con elocuente convicción:

—Dependemos de una sola fuente de financiamiento. Podríamos solicitar ahora un crédito al demonio para comer como Dios manda durante estos cuarenta días.

Una profunda tristeza nubló los ojos del maestro, quien no dejaba de examinar el pan. Casi en un susurro, confesó:

—Es precisamente con él, Judas, con quien estamos hipotecados. Y la más amarga de las sonrisas irónicas le lacró los labios.

El monstruo en la sangre

Luchó durante cuatro días y tres noches para vencer a la hidra de once cabezas.

“Mi moral es revolucionaria”, decía para sus vísceras mientras descargaba la espada de bronce en la rugosa piel de la criatura.

Por cada herida abierta en el costado, brotaba un manantial de pus que se coagulaba en glucosa de vidrio.

Indemne salió el príncipe de tan fatigosa prueba. Cuando cercenó la última de las cabezas, la fatiga hizo que se desplomara, soltando el arma realizadora del portento.

Días, años o centurias durmió bajo el arroyo de humores verdiosos que no dejaban de aflorar desde el cadáver de la bestia. Estaba escrito que la dulzura metálica de una voz, vibrando en la frontera de su oído, lo despertaría.

—¿Eres tú, Sigfrido? Abre los ojos y mírame. Soy tuya.

El joven se estremeció al descubrir el cráneo descarnado que se acercaba a sus labios. Una esfera surcada por nervaduras de sangre, aflorando en la copa de su engarce orbital, lo contemplaba con fijeza de luna próxima.

—Voto a Wagner —dijo él, sin voz en la garganta.

—Soy yo, la princesa cautiva a la que has venido a rescatar. Has logrado liberarme del monstruo que me tenía cautiva, y ahora debes disponer de mí a tu antojo, porque así lo ordenan las reglas del caballero audaz, decretadas por Childerico, a fojas 27 verso, Códice de Salzburgo.

—Quítate, carroña —gritó el príncipe, intentando desprenderse de las tenazas, embadurnadas de gnetina, que lo sujetaban.

—¿Me desprecias? ¿Te doy asco? ¿No te has dado cuenta de que somos iguales? Mira, contéplate en la superficie bruñida de tu escudo. También tu carne ha iniciado su proceso de descomposición. Jirones de músculo cuelgan ahora de tu osamenta.

Hasta entonces, Sigfrido se percató de que estaba pudriéndose en vida.

—¿Por qué? —preguntó en un gemido hueco que se le escurría por entre las costillas.

—Porque nadie que haya estado en contacto con la hidra escapa de su influjo. Ella me acariciaba todas las noches, desde que se apoderó de mí. Tú, que te has bañado en su sangre, estás todavía más infectado... ¿Crees que alguien puede estar cerca del monstruo sin corromperse?

—Me voy —dijo él, librándose de la estantigua con un empujón.

—¿Y a dónde piensas ir, si estás contaminado y ensuciarás a quienquiera que se te acerque? Somos ya portadores de esta epidemia. Debes permanecer aquí, a mi lado, para no dañar a nadie más.

—No lo soportaría. Verte me produce náuseas.

—Ya te acostumbrarás. El amor no nace de la semejanza, pero tampoco es necesario que nos amemos para convivir. Estamos corruptamente hechos, el uno para la otra.

El mismo cantar

Las vigas de nuestra magnífica casa
son cedros, nuestros cabríos enebros.

(DIZQUE DE SALOMÓN)

1. **Que venga él y que me bese**, aunque sea con sus bigotes tiesos, como escobeta de crines para peinar caballos. Dicen que anda con todas las del pueblo, pero me importa un cuerno porque ya estuve en su jacal, porque ya le sorbí su sabor de hombre. Y ustedes qué me ven, hijas de Suchitepec... Ya sé que soy retinta, que junto al suyo mi pellejo pelón brilla como rebozo nuevo, lustrado apenas con el sudor de sus axilas. Ha querido robarme la fruta antes de que madure. Me ha mordido las brevas cuando todavía no son higos y ahora dirán mis gentes que no supe cuidar la huerta... ¿Y qué querían entonces? ¿Que me vistiera de negro si él se quedaba con mi luto entre sus dedos?

2. Se me figura tu color el de una yegua azabache. Y qué cenizas se te ponen los belfos cuando quiero trozarte con los dientes la vaina de una oreja. Ya verás que un día de éstos, cuando venda el elote, voy a comprar dos arracadas de oro para que te relumbren en el pescuezo, igual que una pareja de cocuyos en agosto.

3. Cuando le lleve su itacate a la milpa, dirá que huelo a vergonzosa y a retama. Él hiede como el copal que ponen en la iglesia para velar los viernesantos. Por eso se me antoja pasar la noche entera bajo su olor, espantándonos los dos el sueño. Como flor de sanjuan, así es mi hombre. Es un manojito de cempasúchil en Todosantos.

4. Echada en mí la tórtola, llegó a empollarme el bajoviente.

5. Sobre su nido estoy como en la avena verde.

6. Contigo el pajareque de la choza se vuelve cedro y el techo ya no es de paja, sino de teja colorada.

7. En el cerro llovido, soy una campánula nada más.

8. Como azucena rodeada de chicalotas, así es mi prieta junto a las otras que bajan a lavar al río.

9. Lo mismo que un tejocote fino a la mitad de los pirules, así es mi macho entre la manada. Por eso busco su sombra y el sabor de su piel, a veces agria pero siempre dulce. Me llevó con él a donde quiso y como sábana de algodón me desdobló de parte a parte. Que me den a tomar la pasionaria, el yoloxóchitl, la flor de la manita, porque muero de amor. Con la mano de junto sostiene mi mollera y con la otra me anda esculcando en el huipil. Ustedes no se metan ni traten de aconsejarme nada. Él me ha vaciado lo que siento. Oigo su voz, su trote, su acercándose. Viene trepando cerros y bajando cañadas, como tigrillo hambriento, como venado en busca del

ojo de agua. Ahora está encaramado en los morillos del tejabán. Me dice:

10. Deja esa cama de otate y ven conmigo. Pasaron ya las lluvias y el suelo no está lodoso. Terminó la crecida del río. Los girasoles ponen morado el campo, sazonan en la llanada cirgüelas y jalto-mates. Cantan la chachalaca, el saporreal, la céfira, el comeniguas y la chicharra. Vamos aquí abajito, a la barranca y allí desnúdate para que cantes también, porque tu voz es clara como el agua que corre y tu cuerpo es espeso como el agua estancada.

11. Mi amado es mío y yo soy suya. Ha comenzado a barbechar mi milpa. Hasta que el sol resuelle y dejen de igualarnos en color estas sombras, quédate aquí a mi lado. Ya te irás con el día, como el tigrillo que ya comió, como el venado que apagó su sed. Vete corriendo entonces, corre a perderte en la manada para que no te vean, para que nadie sepa dónde velaste toda la noche.

Capacidad de adaptación

El **déspota oriental**, disgustado por la escasez de provisiones en un año de vacas flacas, despidió al administrador de sus graneros. De inmediato tuvo a bien dar la siguiente orden:

—Traigan a Radomín el tuerto, que en la época de mi padre siempre tuvo las bodegas a reventar.

Después de que el anciano ecónomo revisó con su único ojo experto el interior semivacío de los silos, gimió en tono reverente:

—Que Alá me perdone por lo que voy a decir. Fui un servidor honrado en tiempos de tu padre, porque los graneros estaban siempre llenos. Ése no fue mérito mío, sino de Lamenas el corcovado, sin duda el más hábil recaudador de impuestos en especie que han conocido estas tierras. Es a él a quien debes llamar.

Sorprendido y nervioso, el contrahecho midió el suelo con el mentón, al ser llevado a presencia del monarca. Con voz entrecortada por los sollozos, acertó a decir:

—No soy el más indicado para resolver tu problema, oh divino comendador de los creyentes. Debes saber que en tiempos de tu padre, quien del Paraíso disfrute, los agricultores eran prósperos y no resultaba difícil obligarlos a entregar buena parte de sus cosechas. Hoy los campos están yermos e improductivos. Debes hablar con Salam el labrador, respetado por todos debido a su capacidad para extraer provecho de la tierra. Él te explicará las razones de la actual carestía.

Luego de tres meses perdidos en infructuosa búsqueda, los genízaros de su alteza lograron encontrar a Salam, anciano esquelético que se alimentaba con raíces, majada o lagartijas, según la estación del año. Presa de pánico por la cercanía de tantos seres humanos, de los cuales había permanecido apartado durante décadas, el degradado individuo no pudo proferir frase alguna. Sin embargo, el déspota acostumbraba ser generoso cuando le convenía, de manera que ordenó a sus esclavos de mayor confianza que bañaran, perfumaran y alimentaran al viejo; después, hizo que los sabios del reino lo reeducasen hasta lograr que recuperara el habla.

Un día, finalmente, fue posible dialogar con él:

—¿Qué ha pasado contigo, Salam? ¿Por qué te hallas viviendo como un salvaje, después de haber sido el agricultor más próspero de toda la región?

—Tus familiares y amigos, señor, me arrebataron mis tierras. Cuando intentaba hablar contigo para exponer mis agravios, ellos entorpecían cualquier intento de conseguir audiencia. Así vi

consumirse, junto con mi fortuna, a todas las criaturas de mi sangre y de mi corazón. Luego, tuve que huir al bosque para vivir solo, esperando el momento de la venganza. Creo que ha llegado la hora. Tú, tan justo como lo fue tu padre, deberás castigarlos inmediatamente. Todos los agricultores hemos padecido las injurias de tus allegados.

—¿Y todos soportan su triste estado con la misma resignación que tú?

—Claro que no. Yo estoy viejo y las fuerzas no me ayudan. Pero hay otros más jóvenes, que comienzan a organizarse en gavillas y planean acciones sangrientas para recuperar sus heredades, hoy convertidas en fincas de recreo.

—Ahora sé verdaderamente lo que ocurre en mis dominios —dijo el soberano, en tono de reflexiva severidad.

—¿Y qué piensas hacer, señor? —preguntó el gran visir, cuyo rostro se hallaba perlado de sudor.

—No necesitamos graneros, puesto que no hay con qué llenarlos. Por lo tanto, ordenaré su demolición. En el espacio que quede libre, construiré un cadalso colectivo, con capacidad para quinientos revoltosos perfectamente ejecutados de manera simultánea. Haré traer a Cefas el prieto, verdugo oficial en tiempo de mi padre, y todos volveremos a vivir en paz.

Torneos de vida y desamor

Hija única de anciano rey, Irene había ofrecido su mano al esforzado caballero que afrontara tres pruebas. Aguardaban también tres premios al triunfador.

—Vengo —dijo Mohamed el beduino— desde las entretelas del desierto. He soportado calor y hambre, trocando sueño en vigilia y espejismos en oasis tangibles. Ahora aspiro a la sedentaria paz del reino que pones en barata. Paz y fortuna me esperan a tu lado. Correré todos los riesgos que depares a mi juventud, con tal de alcanzar una serena vejez.

—Construirás un palacio junto al mar. Debe ser tan alto como un faro para que pueda ser visto desde cualquier punto del océano: tan sólido que no se deje carcomer por las olas; tan extenso que lo mismo ascienda hasta las cumbres de nieves perpetuas como

descienda a los profundos pantanos de la selva. Un palacio que supere a todos los existentes. Constrúyelo con tus manos y con tu ingenio, y mi reino será tuyo.

Mohamed espoleó con las babuchas el vientre de su camello y retornó al desierto.

—He conocido toda clase de amores —alardeó Ferruccio el veneciano—, sé del amor fogoso y del amor sentimental; del que golpea y del que se deja sacudir; del que roba el sueño y del que permanece en vigilia; del amor reflexivo y del amor irracional. Ahora quiero consagrarme a una sola mujer para sentir esa forma de amor que todavía no conozco; ese amor rutinario pero estable que se conforma con la procreación. Dime qué debo hacer para conocerlo a tu lado.

—Te refugiarás en una cueva durante dos años. Ahí tratarás de olvidar tu pasado, purificándolo con mi recuerdo. Para garantizar que así sea, enviaré a un monje ermitaño, al que hablarás únicamente del amor que sientes por mí. Sólo después de pasar por esta prueba, aceptaré ser tu esposa y la madre de tus hijos.

Ferruccio dio media vuelta y caminó hacia su góndola, para tornar a Venecia.

—Soy guerrero invencible —pregonó Herman el teutón—; solo, sin ayuda de nadie, he combatido contra decenas de enemigos, he sitiado ciudades, he tomado castillos. Ahora deseo conquistar la fortaleza de tu virginidad. Por ella soy capaz de rendir mis armas y convertirme en tu esclavo. Imponme la prueba que mejor te parezca.

—Lucharás con La Muerte, hasta someterla. Quiero que pongas su cadáver ante mis pies. Cuando me hagas inmortal, mi virginidad será tuya.

Herman bajó la visera de su yelmo y, al trote ligero de su pura sangre, se internó por los bosques en dirección del Rhin.

No hubo ya más competidores. Cansada de esperar, Irene conoció la fragilidad de un hombre que le inspiraba dulces pensamientos. Lucio narraba historias viejas a los acordes de un laúd.

—Puedes aspirar a mi mano —le dijo ella, acariciándole los rizos ensortijados—: lucha por conquistarla, y será tuya.

—Pero si nada más soy alguien que canta. Nunca he tenido que luchar para obtener ninguna cosa, porque todo lo mío está dentro de mí.

—Construye una casa de madera, donde se te antoje, y seré tuya. Dedícame una canción de amor y viviré contigo para siempre. Demuéstrame que hay algo mío en las palabras que te nacen del corazón y te entregaré el tesoro de mi virginidad. Después de cumplir con estas tres pruebas, tendrás mi reino, mi amor y mi pureza.

—¿Te das cuenta de lo que me pides? Yo sólo tengo mi libertad y quieres que la ponga en tus manos... ¿Para qué la deseas?

—No creo que valga tanto como mis tres trofeos.

—Te ofreces como premio a cambio de mi derrota. No, no voy a luchar en contra de mí mismo.

Y el juglar se marchó también, pero él con su victoria a cuestas.

Quetzalcóatl, el inolvidable

Rumbo a Huehue Tlapalan, sitio del quemadero, litoral pintado de rojo, donde los héroes se incineran para amanecer dioses, Topiltzin caminaba apoyado en su bordón de mamahuazcle. A su lado, el serpenteante Xólotl hacía repicar el cascabel de su rabo.

—Hace un hermoso día, señor. Casi es posible oler el vuelo de las gaviotas próximas.

—El sol me hiere los ojos. Después de tanto tiempo sumido en la oscuridad, volver a la playa no me entusiasma.

—¿Es que el calor te pesa?

—Me pesa no traer la máscara de jade. Ella me protegió de la vejez y de la soledad durante cincuenta y dos años, hasta que descubrí mi verdadero rostro, bocetado con brumas sobre el espejo humeante.

—Aligera el paso, señor. El mar, doblado sobre sí mismo, nos está llamando a reposar en su mosaico de plumas.

—Me pesa el fardo de las arrugas, labradas con pedernal de fuego en todo el teponaztli de mi vencida humanidad.

—Es la nostalgia lo que te doblega. Pero no deberías sentirte triste. Piensa que los toltecas te recordarán siempre como el mejor Quetzalcóatl que hayan tenido.

—Sabes bien que eso no es cierto, Xólotl. La gente suele ser ingrata con sus benefactores. Cada vez que se enciende el Fuego Nuevo un gran sacerdote abandona Tula y, al salir de su palacio, únicamente escucha quejas y reproches. Ya ves que se me acusa del hambre y de la ignorancia, de la mala administración de nuestro recurso magueyal, de la sequía y hasta de los destrozos recientes que han hecho los chichimecas.

—¿Acaso podrán olvidar que inventaste la agricultura, las artes y los oficios, la civilización y la Codiceteca Nacional?

—Todo se lo atribuirán a mi sucesor. Así ocurre siempre. Pero a ti te consta que estaba en plenitud de mi vigor cuando los nigrománticos me obligaron a pronunciar el nombre de quien ahora me reemplaza.

—Fueron brutales, es cierto. Con una jarra de pulque hubiera bastado.

—Qué vergüenza, Xólotl. Dicen que bailé desnudo por la plaza mayor, que proferí blasfemias, que me la pasé diciendo incoherencias toda una noche.

—Olvidalo ya. Mañana nos convertiremos en astros, como ordena la vieja ley.

—También ordena que el Quetzalcóatl en desgracia prometa regresar por el camino del Oriente.

—Todos lo prometen, pero hasta ahora ninguno ha vuelto.

—Quebrantaré la ley, Xólotl. Prometeré no regresar.

—¿Estás loco? La nostalgia del poder es un sentimiento inventible. Dejas atrás el esplendor del teocalli, el eco de la multitud repitiendo tus palabras. Extrañarás la aureola del copal, el batir de los atabales y el chachareo de las chirimías.

—Sí, es doloroso renunciar a ello. Pero en algo debo ser superior a mis antecesores.

—¿Y si algún día no puedes resistir la tentación de volver?

—En ese caso, no habrá promesa que me obligue, ni remordimiento que me detenga. Estoy convencido de que mi pueblo me necesita todavía.

El mar aullaba con el sarcasmo feroz de cada cincuenta y dos años.

Coyote hambriento

Nezahualcóyotl vagaba pesaroso por los bosques de Tepechpan, precisamente el día Cuatro Movimiento de una veintena Uey Tecuítlhuítl.

Polvos de Tláloc desmoronado húmedamente se filtraban, aroma descendiendo a gotas, por entre las banderas verdioscuras del ahuehuete, el tzompantli, el oyamel, el huejote, el quetzalquáhuitl.

Era mayor, no obstante, la penumbra en los ojos del cuarentón tlatoni de Tezcoco: sombría mirada no de poeta amargo sino de amante despechado. Así lo vio Cuacuauhtzin, desconcertado por el encuentro con su señor, quien tantas mercedes, tierras y vasallos le había prodigado, en premio por sus hechos de guerra.

—Desde el amanecer camino por tus dominios, amigo mío, porque el tejolote de una pena me está moliendo el corazón en el molcajete de los más tristes pensamientos —explicó el poderoso acolhua, arquitecto y cantor de bien pulida lengua, guerrero y estadista de belicoso genio.

—El día es hermoso, Nezahualcóyotl, ¿por qué desperdiciarlo en lamentaciones?... ¿Es que no llega a tus oídos el trino del tzinitzcan, el gorjeo del tzentzontle, el tremolar del chalchiuh-tótotl?

—Agradezco tu buena voluntad, pero no trates de consolarme, porque mi desazón tiene raíces hondas en esta tierra; no es dolencia del alma, sino herida en la carne viva del hombre.

Y relató la historia, el suceso, la crónica puntual de lo acontecido, con lujo de detalles, amén de otras precisiones.

Mujeres tiene el gobernante cuantas quiere, mas necesita esposa de sangre tolteca para injertar el retoño de su linaje en el más puro tronco de grandeza náhuatl. La tuvo ya, creyó que la tenía, él se cree tan seguro de ella, que la pone al cuidado de un pariente senil y de probada ineptitud carnal, quien agoniza poco después sin acordarse de advertir a sus deudos sobre el glorioso destino que debería correr esa doncella impúber a su florecimiento.

Un hijo del finado, mancebo viril y de no mal gusto, toma a la joven por esposa apenas la ve tantito sazonada, desconocedor de que con ello ofende a su señor y familiar. Llevado el caso ante los tribunales, jueces incorruptibles (que los hubo, ni modo) fallan en contra del monarca y a favor del cándido desposado, ateniéndose a tres preceptos del antiguo derecho teotihuacano:

- a) El que es primero en tiempo, lleva la archirrecontramano.
- b) El que nada sabe es como el que todo ignora.
- c) A la uca uca, el que se la halla, se la emboruca.

—Comprendo tu situación, hermano, pero esto ya no tiene remedio. Esto te pasa por ser tan legal en tus asuntos. Anda, te invito a mi humilde pirámide, para que te repongas de esta pesadumbre. Ya verás cómo un buen tlachique escanciado en jícara de panal, tamales de güilota en mole verde y tepeizcuintli en barbacoa son lo más adecuado para disipar cualquier quebranto.

De mala gana Nezahualcóyotl se deja conducir a los reales de Cuacuauhtzin, cacique de Tepechpan por méritos propios. No sabe el ilustre huésped que el amor penetrará furtivamente en su espíritu, como flecha con punta de pedernal lanzada por el arco de dos párpados tensos. Mientras que la bella Azcalxóchitl lo atiende con devoción y humildad, Nezahualcóyotl descubre en su inconsciencia un sentimiento más poderoso que la lealtad al amigo.

—Es niña todavía; tolteca, claro. Será mi esposa cuando esté más recia, porque si la monto ahora se me pandea —dice Cuacuauhtzin, despellejando con unción ritual una vaporosa pierna de guajolote guisada en chile guajillo.

En la embotada mente de Nezahualcóyotl, el malacate del tiempo se ha puesto en marcha e hilvana a gran velocidad la delgada trenza del porvenir. Cuando el tirano calculador teje la telaraña de su perfidia sobre y en torno de aquellos que le quieren, pocos segundos bastan para estirar el hilo de la traición. Otra vez está viendo a Cuacuauhtzin al frente de la tropa. Irá, por orden superior, a combatir en Tlaxcala durante la próxima guerra

florida: Xochiyaoyotl, tarea de jóvenes, no de militares en retiro. El enemigo lo estará esperando para matarlo de un flechazo certero antes que a nadie.

No se conmoverá el poeta al escuchar los reproches de un alma delicada y fiel. Su rostro no se ablandará ni siquiera cuando el viejo combatiente lo amenace: “Me mandas a la muerte, mal amigo, pero algún día llorarás por mí”.

Azcalxóchitl vendrá al palacio por sí misma, atada en el mecate de la curiosidad, pues Nezahualcóyotl ha hecho pasar por Tepechpan una enorme roca en la que será labrado un ídolo, y sin duda ella debe llegar mezclada entre la multitud que acompañe al arrastre lento de la mole.

Sin avergonzarse por lo que piensa, el cacique de Tezcoco clava la vista en los ojos de su anfitrión. Sonríe, no habla, no escucha lo que el otro le dice. Sólo la imagen de una joven tolteca está flotando en el ambiente. Únicamente ella, futura madre de Nezahualpilli; ella, succulento manjar para las fauces de un coyote en ayunas.

Vanidad de hombre / Caprichos de diosa

—**Necesitamos agua** —barbotó con la garganta reseca el Huey Tlatoani—, pues la que nos llega por el caño de Chapultepec ya no es suficiente. Vayan a ver a ese palurdo de Tzotzoma, cacique de Coyoacán, y díganle que he decidido construir un sistema hidráulico desde el manantial de Acuecuéxatl.

—Así lo haremos —respondió el más valeroso de los tres emisarios, el único que tuvo la osadía de tomar prestada la palabra frente al señor de los tenochcas.

De inmediato, sin levantar la vista del suelo ni erguir el espinazo, abandonaron el recinto, caminando en reversa y apenas tocando el piso con la suela de venado de sus cactlis.

Al cabo de algunos días, uno tras otro daban cuenta del éxito alcanzado en su delicada misión. Habló primero Xaltómatl el gordo, sobrino de Tezozómoc por la vía materna:

—Tezcatlipoca te ilumine y te dé larga vida, señor del gran poder, glorioso dueño del Anáhuac, rostro y corazón del pueblo, águila que se posa sobre el nopal de tuna colorada sin que las zarpas se le llenen de ahuates...

—A ver tú, Chachiuhcónetl, explícame sin tanta ceremonia qué le dijeron y cómo les respondió Tzotzoma.

—Pues eso. Llegamos, nos recibió, lo saludamos y luego le dijimos lo que nos dijiste que le dijéramos, pero nos dijo que nomás no se puede.

—¿Cómo que no se puede? ¿Acaso estoy pintado, soy de hule, valgo madre?... Y ustedes ¿qué hicieron? ¡De seguro que se quedaron ahí parados y poniendo cara de babosos!... ¡Me lleva!

—De ninguna manera —intervino Quetzalmamali, imberbe príncipe de Tepilton, gran forjador de cantos y concertador de música—, lo que pasa es que el tal Tzotzoma nos resultó hechicero, escurridizo y travestista. Primero se le esponjaron los pelos y se convirtió en águila real; luego, vimos cómo le salían manchas en el lomo y se transformaba en océlotl; por último, se hizo largote-largote y resbaloso-resbaloso y ¡pácatelas, que se vuelve serpiente y que se nos viene encima dando tamañas machincuepas...!

—No me digan, ¿y luego?

—Lo tuvimos que ahorcar con su propio rabo.

—Ni modo. Para que se le quite.

Al otro día, los maistros de obras organizaban a la indiada en el acarreo de piedra, tetezontlali, tepetate, tezóquitl. Los oficiales hacían

la mezcla con tízatl y huevos de caguama, quebraban lajas, pulían cantos rodados de río. Todos, hasta los ancianos, las mujeres y los niños andaban en la faena, en el tequio, en el trabajo que estaban obligados a cumplir por puro gusto.

El caño embarneceía desde el amanecer hasta la medianoche, maduraba a lo alto y a lo ancho, se alargaba como una lengua gris que lamía en su trayecto el costado de la calzada de Iztapalapa.

Por fin, y no después de muchos días, llegó la fecha inaugural. El Gran Tlamacazqui del Templo Mayor se barnizó el rostro con laca de copal, trazó timbiriches de olin en sus mejillas y, vestido de *azul como una ojera de mujer*, con los atavíos de Chalchiuhtlicue, se dejó venir corriendo al parejo del agua, desde las fuentes de Acuecuéxatl. La multitud, amazorcada a un lado del acueducto, saludaba la aparición del caudal con la satisfacción de quien observa un desfile militar de líquidos contingentes. Los tláloc cuicanime cantaban al ritmo del teponaztli, del tlalpanhuéhuetl y de la chirimía.

El Huey Tlatoani estaba de rodillas en la desembocadura del acueducto para recibir, con lágrimas en los ojos, el fresco latigazo dado por nuestra señora, la de faldas de jade; acto de unción que lo transformaría en gobernante constructor, después de haber sido únicamente el más sanguinario de los caudillos guerreros.

Pero el torrente crecía con rapidez, desbordando los retenes de la cañería. Al día siguiente la ciudad estaba inundada. “Aguas, aguas”, gritaban los macehuales, en tanto que trepaban a las trajineras con el petate enrollado bajo el brazo y el metate colgado de un mecate a la espalda.

El mexica Tecutli, que reposaba en los jardines interiores de su palacio, se golpeó brutalmente la cabeza al chocar contra el dintel

de una puerta cuando trataba de escapar al lengüetazo colérico que después de arrancar ahuehuetes, volcar chinampas y hacer que desaparecieran miles de personas, dejaba por primera vez en ruinas a la orgullosa Tenochtitlán.

Tendido sobre una estera de plumas, ya en la parte alta de sus habitaciones, el Tlatoani recibió la visita de su aliado Nezahualpilli, señor de Tezcoco, quien en tono de reproche le dijo:

—Caracoles, mi cuate, ahora sí que la regaste. Si hubiéramos hecho caso de los consejos de Tzotzoma...

—Él nunca me aconsejó nada.

—Te mandó a decir con tus achichincles que el acueducto de Acuecuéxatl era un proyecto imbécil, porque las aguas de ese manantial, con sus innumerables bocas, son ingobernables. Te estaba advirtiendo del peligro, y tú ordenaste que lo mataran.

Ahuízotl no respondió nada. Sólo un ruidoso batir de mandíbulas descarnadas escapó de su pecho. No era él quien producía el sonido, sino Mictlantecutli, que había llegado a tomar asiento en el icpalli de su tórax.

Le jeu du cor *(la joie de la cort)*

¿Cómo estaba vestida aquella noche Leonor de Aquitania?

Perdida la memoria, Chrétien de Troyes conservaría sólo la esbelta y marfilínea huella de un antebrazo desnudo, lo único que en toda la habitación no palpitaba con la cambiante atmósfera del mediodía francés.

—Cuando vine a Londres —confesó la reina de Inglaterra— hice traer desde Poitiers el aceite para mis lámparas porque estos bellos salvajes todavía iluminan con velas de sebo o con bujías de cera sus tenebrosas mansiones.

La que había sido reina de Francia por su primer matrimonio con el Capeto Luis VII, ahora convertida en esposa de un Plantagenet, Enrique II, destilaba vinosa cordialidad hacia el gentil poeta que apenas se atrevía a mirarla, pero que le escanciaba en

el oído gotas de *fine amour*, tan deliciosas al paladar de una dama que se veía en el esplendor de sus cuarenta años y en pleno florecimiento de su siglo XII.

—A fe mía, señora, que sois tan bella como discreta y entendida en asuntos de poesía como lo fue vuestro digno abuelo, Guillermo de Aquitania, apellidado el Trovador, quien de la gloria de Dios goce con el favor de nuestras oraciones.

La reina hablaba más con los ojos que con el cuerpo. La ojiva invertida de ese rostro rampante adquiría profundidad y transparencia en los rosetones volubles de sus pupilas, que por igual traducían la placidez rosada de un atardecer estival que la penumbra lila de un invierno al anunciarse particularmente despiadado.

Chrétien se dejó envolver por la ligereza emplomada de esos párpados que, veinte años atrás, habían asistido a la consagración del coro de la Abadía de Saint-Denis el domingo 11 de junio de 1144.

—Quiero que escribáis para mí una historia donde el amor cortés se dé la mano con las virtudes del matrimonio y el honor de la caballería andante.

—Creo tener un asunto divertidísimo dentro de la “materia de Roma”: se trata de Aristóteles, el oscuro filósofo que adquirió fama por haber sido preceptor de Alejandro Magno.

—*¡Merde!* Conozco el argumento y me parece de muy mal gusto que un hombre supuestamente sabio acepte servir de cabalgadura a la amante de su discípulo.

—Pero, señora, el relato es tan original que si no lo escribo ahora, lo dará a conocer dentro de medio siglo ese cochino plagario de Henri d’Andeli.

—Lo siento. Casi preferiría un romance tocante a la “materia de Bretaña”.

—Cómo la veis si nos aventamos una saga arturiana, salpicada de amoríos entre sir Lancelot y la reina Ginebra...

—Dejad afuera el adulterio... ¿Sabíais que mi esposo me engaña con una tal Rosamunda?

Chrétien fingió ignorar un tema del que todos hablaban hacía ya más de un año y del cual la reina se había enterado apenas la semana anterior. No hallaba qué decir el rapsoda, pero esa bendita intuición que acompaña a los poetas para garantizar la diaria pitanza vino en su auxilio cuando la reina empezaba a impacientarse.

—Ya la tengo —exclamó, tratando de dar forma a una idea que, plumero en mano, se abría paso por entre las telarañas de su estro—. Ocurre en la corte del rey Arturo. El héroe está tan profundamente enamorado de su esposa que la lleva a combatir junto con él para hacer frente a un sinfín de peligros, monstruos nunca antes imaginados y aventuras prodigiosas.

El éxtasis, la nostalgia y un rubor juvenil tardío imprimieron signos de vida en el pálido rostro de Leonor, que entre 1147 y 1148 había acompañado al primero de sus maridos en una desastrosa cruzada que, sin embargo, la había colocado en el interminable maravillarse por la fastuosidad bizantina, cuyo más acabado ejemplo era la soberbia Constantinopla, modelo que inútilmente ella había tratado de reproducir, primero en la corte de Francia y luego en la de Inglaterra.

Cuando salió de palacio, Chrétien de Troyes estrenaba atuendo, así como un hermoso laúd de cedro con incrustaciones de nácar,

que jamás aprendería a pulsar. Pero llevaba, sobre todo, la intención de componer su *Erec y Enide*, que algunos medievalistas consideran la primera novela europea.

Si años después, perdida la memoria, Chrétien de Troyes no podía recordar cómo estaba vestida Leonor de Aquitania, fue porque todo el tiempo la había imaginado desnuda, con esa lechosa desnudez altiva que —oficialmente— sólo conocieron dos reyes.

Diálogo de caballeros

—Mirad, amigo Vivar, que no es de caballeros el andar tundiéndose las espinillas en esa forma, cual jóvenes corceles que retozan tan bestialmente, sin bridas ni freno ni menguado gobierno de mal jinete.

—Es que han cambiado los modos de contender, señor Quijano o Quesadas. Las justas y los torneos, los duelos de adarga en ristre y armadura compuesta a la antigua usanza, los juegos de cañas y otros divertimentos cortesanos no son ahora más que añejas historias para brindar contento a esa matrona impertinente, doña Nostalgia.

—Ah, tiempos dorados aquellos en que era Dios omnipotente y don Fernando el de Aragón regente...

—Pamplinas, mi ingenioso hidalgo, ¿no os habéis dado cuenta de que esta invención que vuestros ojos catan no es otra cosa que una suerte de solaz inocuo para que el populacho huelgue a placer y olvide quebrantos, miserias y sinsabores?

—A mi pesar lo entiendo. Cuánta razón tenía ese badulaque de Lope cuando otorgaba al vulgo lo que el vulgo demandaba de su espantoso teatro.

—Poned atención, que este partido está cada vez más interesante.

—Perdonaréis mi brusquedad, pero no se me apetece continuar mirando a esa caterva de mancebos semidesnudos que con tanto ardor disputan por arrojar lejos de sí una pelotita de cuero... ¡No os parece, campeador, que hay maneras más nobles de deportar?

—Deportar es un arcaísmo que en la comarca de fabla castellana se utilizó hasta mediados del siglo xv, a lo sumo. Aquello que nosotros llamábamos depuerto, hoy se nombra deporte, palabra provenzal que invadió a Europa continental e insular hace no menos de quinientos años. Al parecer, insistís en vivir otro tiempo, otra España, otro mundo.

—Vos tampoco andáis muy versado en usos que corren por ahí, entre la gleba.

—Moda se dice, don Quijote.

—La verdad es que estoy harto de estos follones malandrines con su famoso balompié.

—Fútbol, don Quijote, fútbol.

—Eso, eso, el gol y el penalti, los saques de banda, los amagues y los rechaces, las jugadas magistrales y los pases inspirados, ¡que el diablo los entienda con esa jerga infame...!

—Esperad, que ahora Pirri se cuele por la entreal izquierda, dribla a dos contrarios, finta con la zurda, chuta y ¡ooooooooooooooooo!

—¿Gol de quién?

—Pues claro que de los nuestros.

—¿Los nuestros son los de azul?

—¡Toma, que éstos son los italianos!

—¿Y cuántos goles hemos metido? Es decir, los nuestros.

—Hombre, ¿pues qué no te fijas?, íbamos perdiendo por uno a cero y recién empatamos. Ahora, a ganar.

—Y si ganamos, ¿qué?

—Pues na, que pasamos a la siguiente ronda. Y si continuamos ganando, llegaremos a ser campeones del mundo.

—¿Está en disputa una fortaleza, el Santo Sepulcro, el amor de una dama?

—Vaya que eres mentecato, don Alonso. Aquí es el honor nacional lo que está en juego.

—¿Tú, don Rodrigo? ¿Tú, que tantas veces te aliaste con los moros, hablas de honor nacional?

—Bueno, calla y déjame seguir disfrutando mi partido.

Rocinante trata de emparejarse a Babieca, que a trote lento alza lo más posible su oreja izquierda para escuchar la narración del partido, apenas audible en la bocina del televisor que trae atado al pescuezo.

La buena leche

Fidel era un niño que tenía su vaca y ella se llamaba Josefina, no por la de Napoleón sino porque nació el 19 de marzo, fiesta de san José Obrero. Todas las mañanas la ordeñaba y luego de vender una parte, hervía el resto para sacar nata y de la nata hacer queso y mantequilla. Fidel era un niño tan industrioso que a los diez años ya manejaba una empresa propia, la fábrica de leche, nata, mantequilla y queso Josefina.

Pero un día los negocios comenzaron a fallar. Alguien le avisó a Fidel que por ahí cerca de su pueblo andaban los revoltosos que se robaban a las vacas y se comían a los niños crudos. Prudente como era, se escondió junto con su vaca hasta que los cuatreros fueron exterminados o llegaron a tener tantas vacas que dejó de interesarles robar las ajenas.

Entonces Fidel, que ya era un joven, se juntó con otros pequeños vacatenientes y pusieron una planta lechera que cubría la demanda nacional. A decir verdad, la leche que se producía no era la mejor, pero salía barata y los trabajadores la consumían a falta de otra más nutritiva. Alguien llegó a opinar que su sabor era de atole y dedo, pero los demás le dijeron: “Si no quieres, déjala, porque a nosotros sí nos gusta”.

Natas, mantequillas y quesos eran, por el contrario, de primerísima calidad, pero tales productos estaban destinados a la mesa de los ricos, que los devoraban con avidez e incluso los compraban en grandes cantidades para reempacarlos, reetiquetarlos y enviarlos al extranjero.

Fidel ya era un hombre y sin embargo seguía ordeñando personalmente a Josefina, cuyas ubres eran como la Fuente de Juvencio. Por eso llegó a edad avanzada y los médicos que lo auscultaban decían sorprendidos: “Hay Fidel para rato”. Pero los veterinarios que atendían a la vaca agregaban con sorna: “Mientras haya Josefina”.

Una mañana, sin embargo, Fidel se sintió cansado de ordeñar a Josefina y pensó en lo que pasaría si él muriera antes que la vaca. “¿Qué será de ella sin mí?”, se preguntaba angustiado y a continuación decía: “¿Habrá alguien que sea capaz de alimentarla, ordeñarla y brindarle el mismo amor que yo le he dado?”. Y, como Diógenes, buscaba en vano a un hombre que fuese otro Fidel en chiquito.

Pero siguieron pasando los años y ni Fidel ni la vaca se morían. De pronto le avisaron que por ahí rondaban otra vez los ladrones de vacas. Él, que ya no era un niño y estaba medio sordo, no hizo caso de las advertencias.

Entonces llegaron los robavacas y se llevaron a Josefina. En el momento en que la sacrificaban para hacerla bisteces, Fidel ordeñó en el vacío, cayó de bruces y se ahogó en un charco de leche.

I sing an oldfashion song

Cuando el albatros huye, debe luchar con las borrascas de noviembre.

Año con año lo he visto cortar el ventarrón con la diestra navaja de sus alas flexibles.

Viene el invierno, pienso, y hay que buscar el abrigo de lana, siempre hasta el fondo de un baúl repleto de conchas, hipocampos, astros de mar que me dejaron como recuerdo los ángeles violáceos del estío.

Ha llegado el momento de encerrarme en el faro a no dormir, porque hay que mantener encendidas las linternas de aceite, que con tanta facilidad son apagadas por el artero manotazo del huracán.

¡Oh, mi Dios, cómo ruge el mar y cómo crujen los navíos deshechos sobre las rocas del acantilado!

Aquí se cansa uno de rezar por los audaces marineros que se arriesgan a todo en esta época. No hay luz divina que los proteja contra la furia de la tempestad.

Ellos quieren vivir, le reprocho airado al Gran Navegante, y tú nada haces para guardarlos de la marisma procelosa.

Oigo, entre tanto, el brutal rebote de las maderas contra la costa, el sordo diapasón de un velamen chocando en las salientes del litoral. Oigo la muerte multiplicándose en el eco ululante de las olas, y blasfemo con furia para ser escuchado alguna vez en donde debe oírseme.

Gracias, sí, mi Viejo Capitán, le he gritado al rostro; gracias por este sedentario oficio que me has dado, por hacerme terrestre y luminoso, alto y brillante a la mitad del océano, como un trozo de yesca que permanece encendido en las entrañas mismas del temporal, espeso y cruel como las fauces de un lobo.

Me has dado un faro para sufrir en él por otros, pues sabes bien que soy cobarde, que jamás me arriesgué a viajar sobre cubierta, estremecido por el vaivén de las olas. Dales el mar a ellos, a las criaturas del mar, a las gaviotas mutiladas a las que no quisiste dar alas, a esos peces deportados que no pueden vivir sumergidos en su propio elemento.

Vendrá la primavera, me recuerda el Sublime Almirante, y con ella volverán el albatros, la grulla, el alcatraz, el martín pescador y el pelícano.

Y cesará mi insomnio cuando el mar amoroso se haya llevado entre los labios todo vestigio de naufragio. Cuando no canten

las sirenas de la tempestad para arrastrar a los hijos del mar hacia la muerte.

Cuando el acorazado, el transatlántico y el submarino hayan mandado de paseo a los antiguos barcos de madera.

Cuando el farero sea un desempleado más y el Gran Navegante, el Viejo Capitán, el Sublime Almirante haya ingresado a la lista de pensionados por la Real Marina de su Majestad Británica.

En manos de la maga

Circe tiene los ojos del color de los viajes sin retorno. Antes de pronunciar la aurora, ya la estoy viendo en ellos. Y si la noche tiene otro nombre, no ha de ser más oscuro que ese par de abismos en donde nace y muere la eternidad.

Se sabe no amorosa, pero captura y domestica al hombre, únicamente por el placer de sentir que es cárcel, que son sus brazos riendas, que se halla al centro de la rosa de los vientos como el ombligo de la noria.

Gira mi voluntad al rehilete de su antojo. Vuelta tras vuelta se me desgasta el trompo del existir, lanzado una y otra vez sobre la tierra por el exacto latigazo de su cordel, que no conoce fatiga.

A la fricción del juego, caricias buriladas en la piel por delicados pulsos ajenos, se van borrando como leyendas lapidarias que el tiempo ha carcomido.

Queda tan poco por predicar acerca de tantos sustantivos.

Nombres propios comunes, Raquel, Neferis, Penélope, Lunarda, Marcia, Niebla.

Sobran tan pocos verbos de transición.

Faltan memoria y vida para llenar este vacío de perinola, rodando al corazón de la canica, al maromeo volátil del balero, por piedra de molino machacado, triturado por muela de granito, molido grano a grano hasta el olvido, yo en harina disperso, yo polvo comestible que no será fraguado en hornos de amor, sino lanzado a voleo por una hélice voluntariosa.

Modos verbales, tiempos, personas busco.

Indicativo nada más, sólo presente simple y segunda persona del singular. Yo no soy ni seré, ellas no han sido. Únicamente tú como posibilidad de diálogo.

El impulso está en ti, activa siempre al conducir tu flor de músculos, tu manojo de nervios, tu sangre hecha racimo de dominios al proyectar en mí la trayectoria, la órbita, el rumbo de la esfera cautiva de tu sistema gravitatorio.

Pero me dejo hacer y tú interpretas este signo pasivo como debilidad. Estoy dejando que te desgastes y no te has dado cuenta.

No soy diamante, Circe, eso sí que lo sabes, que las facetas de mi carne han sido moldeadas con cincel de cansancio, sol, cauda de río, ascuas de inercia que me suavizan el escarpado litoral de cada músculo. Pules la piedra blanda con la dura, el corcho con el ébano, el pedernal de tu mirada redondea mis aristas hasta el

vértice, amansas mis espinas, las domeñas, las tienes a tu merced con sólo prometerles un terrón de azúcar que nunca entregas.

Pero no hay maquinaria que dure lo que un siempre. Todo reloj está en manos del tiempo y el tiempo es erosión de engranes. Un día se parte el eje, la cuerda se revienta y la viga maestra se desploma.

Entonces, quiera el tiempo, escaparé centrífugo de este girar en círculo obsesivo, en ronda recurrente, en torno de tu núcleo, tu pistilo, tu estrella, tu envoltura de córneas, tu laberinto, Circe, tu suicidio.

La bien aparecida

Alguna vez, por la mañana de cierto día en cualquier estación del año, la descubres detrás de ese balcón que se recuerda siempre cerrado, cubierto de madreSelva el marco podrido de la ventana, los barrotes roídos de carcoma, rotos los maceteros, desescalando el muro de adobe la humedad, el callejón sin nadie que atestigüe contigo el prodigio de saber habitada la casa en ruinas.

Ella, toda puesta en peinarse el cabello blanco, desenredándolo con un cepillo hecho de crines, mango de madera, filos de nácar, cadencia de telar, diapasón de ola, bata amarilla nada más sacudida por brisas, sin que su escarcha le dé peso ni densidad su niebla ni su color presencia. A contraluz de la veladora, habitación donde nieva polvo, cielo raso que se desprende a media penumbra, caídas vigas, muebles desvencijados, candiles claudicantes, candelabros

vencidos, palanganas aplastadas, arbustos empinados que ahora crecen a partir de las rendijas entre las duelas del piso.

Aquel soplo de luna que escurre por la fractura de un cántaro, la canción apenas musitada en balbuceo de cachorro huérfano, el susurro metálico de una cuna y la respiración del caballero que desciende a solas por la espesura para recuperar la ballesta perdida en el bosque. El golpeteo de las olas en ambas bandas del barco que surca el mar con timón de marfil, ojos de Andrómeda clavados en la mirada del piloto.

Uno supone que va a morir cuando un crespón de vida tiene la misma textura luminosa de los sueños. Pero no puedes irte ni hacer nada que denuncie tu cercanía. Al descubrirete próximo, tal vez ella cerrará los guardapolvos del balcón con un golpe que haga caer sobre la calle una menuda lluvia de aserrín, telas de araña deshilachadas, motas de luz cernida en los cedazos del tiempo.

Nada hagas entonces, únicamente entrégate al acto de contemplarla, como sabiendo que ella te estaba destinada para este día, cuando no habrás de poseerla pero sí enamorarte de su monótona conversación con el silencio.

Si aquí te esperó durante siglos, no la perturbes. Disfrútala. Que las primeras sombras de la noche vuelvan a poner el balcón cerrado en su lugar. Y a ti en una calle desconocida, a la que nunca sabrás cómo llegaste.

Una temporada entre los oey

Sally Whitman fue la primera en descubrir a los indios oey en una región cuyas coordenadas geográficas desconocemos, aunque es factible aventurar tres hipótesis: a) se trata de una comarca inaccesible en el hemisferio norte; b) se trata de una comarca inaccesible en el hemisferio sur, y c) resulta difícil llegar a ella por estar trepada en la línea exacta del Ecuador, donde la Tierra es más ancha y, por lo tanto, más extensa.

La biografía de esta maravillosa mujer, que ha pasado a los libros de texto por el descubrimiento de una tribu que nadie más ha vuelto a ver, se halla también envuelta en el mayor de los misterios. El doctor en filosofía Aldrin Robertson, su mejor biógrafo, dice tener pruebas de que Sally no se apellidaba Whitman sino Longfellow, porque así se lo confesó, antes de morir, una

nodriza negra que la había vendido a unos traficantes de niños bien alimentados, que se cotizaban a muy elevados precios durante los años de la Gran Depresión. Sin embargo, el espeleólogo Charles Mulligan III está en contra de la anterior versión y ofrece que publicará una serie de libros reveladores para echar por tierra todas las increíbles leyendas que se han divulgado con anterioridad a la suya.

Aun a sabiendas de que este artículo despertará agrias y encendidas polémicas, somos partidarios de la verdad científica, por lo que no nos queda más remedio que incluir algunos fragmentos originales de la obra que dejó inconclusa la intrépida exploradora, antes de perderse definitivamente en el anonimato del que pocos meses antes había salido gracias a los esfuerzos de un periodista tunecino, que hizo pública la conversación sostenida en 1957 con una mujer rubia que fue su compañera de asiento durante un viaje al Estrecho de los Dardanelos. Por todo lo que ella dijo acerca de los oey, los especialistas están de acuerdo en suponer que se trata de Sally Whitman, ya que corresponde sin lugar a dudas con la descripción que de esta etnógrafa hace su excompañero de cuarto en la Universidad de Chatanooga, Willie *Somemother* Collins, capitán del equipo de fútbol americano de ese acreditado plantel desde su fundación en 1918. Según relata él, en tono melancólico:

Sally era rubia y pecosa, de estatura regular y cuando sonreía se le dibujaban hoyuelos en las mejillas. Tenía un carácter endemoniado y, cuando se enojaba conmigo, apagaba la luz y me daba la espalda toda la noche.

Por desgracia, la única posibilidad real de identificar a Sally Whitman se perdió al morir extrañamente el periodista tunecino, cuando actuaba como corresponsal de guerra en el conflicto vecinal de Candombia, alcanzado por una granada que le estalló en el pecho. (*Nota del editor: lo extraño de esta muerte radica en el hecho de que los candombianos no guerrearán con granadas, sino con rocas de uranio humedecidas en cierta hierba venenosa que también es utilizada para curtir pieles de cachalote.*)

De cualquier forma, ningún antropólogo serio pone en tela de juicio la fundamental aportación de la señorita Whitman al mejor conocimiento de las formas de vida que aún conservan los pueblos más incivilizados del planeta. Antes de su estancia de quince días entre los oey, los investigadores se inclinaban por la teoría de que las tribus salvajes habían perdido completamente el brutal encanto de su atraso. Hoy sabemos, gracias a nuestro conocimiento de los oey, que no es así; que en este siglo de formidables avances tecnológicos aún sobreviven hombres de la prehistoria, de los cuales aún tenemos mucho que aprender antes de que la humanidad desaparezca.

Por todo ello, cuando un anticuario de Bizancio puso en mis manos el grueso legajo de notas en las que pude reconocer la letra apretadamente patológica de Sally Whitman, sentí una emoción tan intensa que no pude contener las lágrimas, corriendo el riesgo de borrar algunas líneas del manuscrito. Hoy, después de una labor de cuatro años, tiempo que me ha llevado la reconstrucción de estos apuntes, entrego una breve selección de textos a mi amigo Shepard Alltabe, editor del *San Peter's News*, publicación que tendrá la gloria de acoger en sus páginas esta primicia mundial. La obra completa saldrá a la luz el año entrante, en forma de *best seller* bajo

el autorizado rubro de Alligator Interprises, la famosa compañía editora que ha vendido cuatro millones de ejemplares de sus libros en los últimos nueve meses. *(Nota del editor: la reciente quiebra de Alligator obligó a colocar el original en otra institución que procura vender sus libros al contado.)*

Sin más preámbulo, presento algunos párrafos entresacados al azar del manuscrito de Sally Whitman —*Copyright by Dr. Rockwell Hooligan, N. York 1982; trad. al sanscr., esperant., y mex. by Alfonso Sánchez Arteché.*

Los oey constituyen un grupo étnico singular pues, aunque me he dedicado a observarlos con toda atención desde que llegué a su poblado esta mañana, todavía no descubro ningún rasgo físico que los distinga. Hay algunos más morenos que otros, pero también más altos, por lo que supongo que el color de la piel no tiene nada que ver con la estatura. Los individuos del sexo masculino suelen dialogar entre ellos, cosa que también ocurre entre los del sexo femenino, por lo que pienso que debe existir un tabú intersexual recíproco dentro de un modelo de resistencia comunicacional a los agentes externos de signo contrario. Sólo en una ocasión descubrí a un jovencito que dialogaba familiarmente con una adolescente, metidos ambos en una enorme olla de barro que casi los ocultaba por completo, lo que no dejó de llamarme la atención, pues jamás había visto piezas de cerámica de tales dimensiones [...].

Los oey se hallan en un progresivo grado de atraso cultural, porque todavía no he logrado hacer que me entiendan. Cuando intenté comunicarme con ellos por medio de señas, simplemente se rieron y continuaron sus labores sin ocuparse de mí. Creo que jamás han visto a una persona civilizada, pues a pesar de que disparo frecuentemente el obturador de mi cámara fotográfica, ellos no interrumpen sus labores para preguntarme

qué diablos es esto que traigo entre manos. No me sorprendería que los nombres de Kodak, Morgan y Rockefeller les resulten desconocidos en absoluto, puesto que tampoco he visto anuncios de Coca-Cola en ninguna parte.

La tribu oey no aparece mencionada en ningún libro de antropología, tal vez porque soy yo quien les ha dado ese nombre, luego de observarlos y escuchar sus diálogos durante varios días. Pienso que la palabra oey tiene un profundo significado social entre ellos, pues es frecuente escuchar la siguiente conversación:

—Kiuvo, oey.

—Ke trais, oey.

—Loke kieras, oey.

—¿Noas visto a ese oey?

—Sigue acién doleal oey.

—Es un pobre oey [...].

Los ritos de los oey en honor del dios del fuego son particularmente sangrientos. Ayer por la noche tuve la oportunidad de asistir a uno de ellos. Reunidos todos los varones adultos en torno de una gran fogata, salmodiaban un himno cuyas frases no logré captar porque murmuraban textos diferentes de manera simultánea. Había vasijas esféricas de arcilla cuyo contenido bebían repetidas veces. En un descuido, hurté uno de esos recipientes para probar el líquido, una horrible mezcla de bencina con desodorante y urea de palomino primaveral. Por lo menos a eso me supo.

Conforme avanzaba el rito, ellos elevaban el volumen de la voz, gesticulando cada vez con mayor vehemencia. Por un momento temí que se me lanzaran encima nada más para asesinarme, pues con disimulo volvían la vista hacia mí, pero sin lujuria. Sentí que estaba yo profanando sus tradiciones ancestrales y que en algún momento podrían ejercer un acto de occisión

y manducación del intruso en mi persona, pero por fortuna continuaron su ceremonia, olvidando que yo estaba presente.

La fase culminante del rito comenzó cuando el más anciano de los concurrentes arrojó el contenido de su vasija al rostro de uno de los más jóvenes, que le hacía señas con ambas manos; éste, al verse totalmente humedecido en la región inferior de su faz, llegó hasta el sacerdote oficiante para arrancarle de un manotazo el cigarro que tenía en los labios.

El chamán se levantó entonces de su sitial. Haciendo un gran esfuerzo, sacó un puñal que traía sujeto al cinturón y se dispuso para ejecutar el sacrificio humano clásico, que en ninguna otra parte yo había presenciado.

El resto de los participantes danzaban en torno de esta pareja, invocando a sus dioses seculares. El anciano pronunciaba frases entrecortadas, de un gran contenido mágico, que por desgracia no pude anotar de inmediato, pero que decían más o menos lo siguiente:

—Oh, hijo de tu bendita madre, porción de cuadrúpedo con cuernos, te voy a seccionar el espíritu para que vayas a hacerle compañía a la de mayor edad en la región de tus muertos. Tú has bajado a mi jardín florido para arrancar la más fresca de mis flores y ahora no quieres llevártela a tu casa [...].

El anterior párrafo está tomado de la oración tepiteca que reprodujo un fraile jesuita del siglo XVII, pero creo que corresponde exactamente a lo que pude escuchar en el rito al fuego de los oey. Más adelante pienso hacer una descripción completa del sacrificio humano que me tocó presenciar y que tan vivamente se me ha quedado grabado en la memoria. Ahora sólo tengo que dormir, porque la jornada ha sido agotadora.

No me explico todavía por qué, después de dos semanas cerca de ellos, los oey no se aproximan a mí ni permiten que me les aproxime. Tal

vez temen que el contacto con una mujer blanca pueda ahuyentar a sus espíritus tribales. Esta mañana, sin embargo, ocurrió algo muy curioso. Unas mujeres me llamaron a señas y me pidieron que las acompañara. Pensé que iban a mostrarme un adoratorio o una cueva, porque me conducían a través de la maleza. Ellas marchaban velozmente, como si mi cercanía las espantara. Después de caminar durante una hora, descubrimos un arroyo de aguas cristalinas. Desde luego que me fascinó verlo, pero todavía no comprendía la razón de que me hubieran llevado hasta ese sitio. Fue mayor mi sorpresa cuando me entregaron una pastilla de jabón y un trozo de piedra pómez, para después salir corriendo, entre risas, en dirección al poblado.

Pérdida irreparable

Sin saber cómo, a **Ruperto Bustamante** se le perdió un día. Cierta mañana despertó con la sensación de que algo le faltaba y, después de un minucioso registro por todo su cuerpo, tuvo la certeza de que no era precisamente algo material. Habitado a la disciplina, tomó su baño de burbujas para luego comer un par de huevos pasados por agua. El viejo gato de angora todavía no despertaba, cosa en verdad extraña porque durante diez años desayunaron siempre juntos, antes de que el hombre saliera con rumbo al trabajo.

“Deben ser cosas de la edad —reflexionó con amargura—, el pobre Máximo debe dormir ahora que se está quedando sin dientes”. Y, sin hacer el menor ruido, salió de la casa mientras que el plácido morrongo ronroneaba arrellanado en el sofá.

De camino al despacho, le sorprendió ver la calle vacía, como si hubiese ocurrido una catástrofe. La calzada Clicerio Aguado, por lo general intransitable a esa hora de la mañana, estaba desierta. De vez en vez, el bostezo de un motor hacía sentir su indolente paso por el arrollo. En lugar de alegrarse por esa serenidad urbana que nunca antes imaginara, Ruperto se dejó envolver por el pánico, y al observar cerradas las cortinas de las tiendas, no le quedó la menor duda de que algo muy grave estaría pasando.

En un alto grado de agitación, llegó al edificio donde trabajaba desde hacía veintidós años y, al percatarse de que la puerta estaba con el cerrojo puesto, hizo tremolar el timbre cuatro o cinco veces hasta que apareció el portero, somnoliento y con cara de pocos amigos:

—Y ora, don Rupe, ¿qué se le perdió?

—Disculpe usted, Chanito, pero nadie me dijo que hoy se suspenderían las labores.

—Dirá usted que es mala respuesta, pero cuándo jijos se ha trabajado en domingo... ¿A poco no sabe que es pecado?

—¿Domingo? ¿Está usted seguro?

—Mire, yo creo que se le pasaron las cucharadas. Váyase a dormir y verá cómo mañana ya está bien.

Ruperto regresó a su casa con la seguridad de que flotaba. No era posible que le ocurriese algo semejante a él, un hombre que se creía con los pies bien puestos sobre la tierra, alguien que siempre supo en qué día estaba viviendo.

Máximo despertó sobresaltado al escuchar el rechinado de la llave al correr el cerrojo. Tenía erizados los pelos del lomo y, aún después de reconocer a su amo, le costaba trabajo creer que viniese

llegando apenas a esas horas y en domingo. Los animales saben perfectamente cuándo es domingo. Podrán confundir cualquier otro día de la semana, pero ése no. Es uno de los grandes misterios de la zoología.

Ruperto caminó en forma mecánica hacia el taburete de la sala, descolgó el brazo del teléfono y se dispuso a marcar un número que había olvidado.

“Es el colmo —se dijo con desesperación—, he pasado toda una semana memorizándolo porque estaba seguro de que alguna vez me haría falta, y ahora no logro recordar”.

Llamó entonces al conmutador de información.

—Señorita, ¿podría decirme el número de Locatel?

—Cómo no... —pasaron algunos minutos y al fin se escuchó nuevamente la voz artificiosa y chillona—. Ay, señor, no lo encuentro. Por aquí lo tenía apuntado, pero no sé dónde quedó. Si quiere ser tan amable de llamar por la tarde, tal vez mi compañera sí lo sepa.

Ruperto dejó caer la bocina con desaliento. Era domingo y nada podía hacerse.

El lunes a primera hora, después de una noche de insomnio, se presentó al trabajo sin ganas de hacer nada. Sus compañeros estaban sorprendidos de que Ruperto, quien siempre iniciaba su semana con entusiasmo, estuviese tan decaído.

—Jefe, permítame salir una hora porque me urge resolver cierto asunto personal.

—Claro, Bustamante, salga, usted es el único que jamás ha faltado a sus labores. Seré indiscreto, ¿está usted enfermo?

—No precisamente. He sufrido una pérdida irreparable.

—Créame que lo siento y comparto su dolor. Puede tomarse todo el día, si quiere.

—De ninguna manera. Es algo tan sencillo que...

El jefe estaba realmente sorprendido. Tan pronto como Ruperto salió de la oficina, los comentarios se desataron.

—Siempre creí que Bustamante no tenía familia.

—Se habrá muerto su gato.

—Entonces, ¿por qué razón dijo que “es algo tan sencillo”?

El encargado del departamento de objetos perdidos era un sargento de rostro picado por la viruela, que respondía con agresividad a las palabras del prójimo.

—Me dijeron que aquí podría reportar una pérdida.

—Sí, aquí es, ¿por qué?

—Verá usted... Resulta que perdí un día.

—¿De qué color es?

—¿Mi día?

—Sí, su día, el que se le extravió... ¿Tiene factura?

—Claro que no.

—Será entonces de contrabando.

—Mire, permítame explicarle... Ayer, cuando desperté...

—Piensa que se trata de un robo, ¿de quién sospecha?

—De nadie, por supuesto. Simplemente, hoy tengo la sensación de que es martes.

—Ajá, ya me di cuenta de que anda usted mal de la cabeza. Hágame el favor de llenar las cinco copias de este formulario, deje una aquí, se lleva la otra y luego va a la oficina de partes y refacciones para que le firmen la tercera. La cuarta la presenta en el juzgado y la otra la entrega en la aduana... El que sigue, por favor.

Así fue como Ruperto perdió otro día.

El martes por la mañana tuvo que pedir permiso nuevamente para ir al consultorio del siquiatra. El doctor Iturribalde Goenecoechea era un individuo asténico pero de complexión sanguínea, que se veía con graves síntomas de ser un maniaco depresivo.

—Perder un día es algo más frecuente de lo que uno se imagina. Tengo un paciente que olvida a su mujer en el cine por lo menos tres ocasiones cada semana. Y una tía que vive en Houston perdió una valija con diamantes el mes pasado en el aeropuerto de Reykjavík.

—No creo que sea algo tan rutinario como usted piensa, doctor. Le juro que no me había pasado antes.

—Ya, ya. Todo el mundo viene aquí con la falsa idea de que su caso es el único... Alguien, tratando de hacerse el original, llegó hace dos días con el cuento de que se sentía virus de la gripe, y el muy ingenuo creyó que me iba dejar con la boca abierta... ¿Sabe lo que hice?

—Me imagino que lo debe haber curado.

—Por favor, no sea usted tonto. Eso no tiene curación. Simplemente le mostré un periódico alemán de 1913 donde se informaba de un caso semejante. Él, desde luego, se suicidó. Esa gente acaba suicidándose siempre... ¿A usted no le gustaría suicidarse?

Para entonces Ruperto había perdido ya tres días.

La opinión más sensata se la concedió un fraile dominico al que consultó su problema.

—Hijo, debes perder otros cuatro días. Así, por lo menos, te pondrás al corriente. Da lo mismo un lunes que cualquier otro.

—No puedo perder más tiempo. Estoy acostumbrado a obtener el máximo provecho de cada minuto.

—Eso es vanidad. Piensa que el Creador desperdició toda una semana para fabricar esta porquería... ¿Te sientes superior a tu Dios?

Ruperto iba de mal en peor. Todos en el trabajo pensaban que había perdido la razón.

—Tómese unas vacaciones —le dijo el jefe, asumiendo una actitud paternalista—; le ofrezco hablar con el Consejo Directivo para que se considere su ausencia una invalidez temporal por razones profesionales. Ha trabajado usted en exceso.

Pero él se negaba a reconocer que estaba convertido en un inútil.

—Si lo que quiere es correrme, tendrá que vérselas con mi abogado.

El abogado, por su parte, era un viejo compañero de la primaria que trataba de ayudar a Ruperto dándole consejos de este tipo:

—A nadie puedes acusar por la pérdida de ese día. Aprovecha mejor los que te restan de vida. Llevas un mes malcomiendo y peordurmiendo por esa tontera. Yo que tú, pensaría mejor en casarme.

—Jamás. Nunca le daría madrastra a mi pobre gato.

Cierto día dejó de presentarse en la oficina. Al principio sus compañeros supusieron que, finalmente, había decidido tomar una temporada de reposo, pero tres días después de que se pagó

la quincena, el personal sospechó algo grave, pues Bustamante era no sólo el que llegaba antes que nadie al trabajo, sino también el primero que se formaba frente a la ventanilla.

Temerosos, fueron en grupo al edificio de departamentos donde vivía Ruperto y, después de pedir al portero que les facilitara un duplicado de la llave, abrieron lentamente la puerta ante el estupor de los vecinos, que en pocos segundos se enteraron de la situación y estaban dispuestos a presenciar una escena macabra.

Un insoportable olor a carne descompuesta los envolvió. Desde el umbral, la única figura visible era la de Máximo que, ferozmente, jugueteaba con un hermoso, apacible, despejado día de color azul intenso.

Cuento de hadas

Cierto día, es decir, en aquel preciso día en que ocurrieron todas las historias que las abuelas cuentan para combatir el insomnio y de paso espantarles el sueño a sus nietos, existió un rey tan sabio, magnánimo y poderoso como torpe, vengativo e inepto, pues los cronistas nunca se pusieron de acuerdo en torno a su persona. Coinciden, sí, en pensar que su viudez llegó a ser pecado, no ante los ojos de Dios, que alienta las vocaciones solitarias, sino ante la mirada de sus vasallos, acostumbrados a conseguir favores reales no gastando fondillos en la antesala, pero sí solicitando la bondad de quien acuerda a solas y sin tapujos con el monarca.

Quiso la suerte que la abnegada señora de aquel reino cayese en cama, dicen algunos que a causa de unos aires encontrados que se le confabularon en el duodeno, sin que podamos ignorar la

peregrina versión de que la agonía le vino como efecto de haberse propasado en la manducación de tubérculos rebanados y fritos en manteca porcina.

Por lo que usted quiera o mande, aquel desventurado reino perdió madre protectora y abogada en el mismo instante en que la santa dama dejó escapar una blasfemia junto con el alma que se le iba del cuerpo. Mejor hubieran ido las cosas al dejar ella descendencia, pero ni eso, lo cual no quiere decir que haya fallecido en olor de castidad, sino todo lo contrario.

En fin, que ya velado y puesto a macerar bajo tierra el mencionado cadáver, los súbditos se preguntaban si el rey volvería a probar las delicias del tálamo sacralizado por el virtuoso yugo nupcial. Pero los años transcurrían en cubeta y el cada día más achacoso monarca se negaba a unir sus dominios con los de alguna princesa vecina.

Con el temor previsible, el primer ministro se atrevió a deslizar en el tímpano de su soberano la siguiente pregunta:

—¿Ha pensado su majestad en elegir compañera?

El rey, que era de pocos piojos, únicamente contestó:

—Id a que os enchinen las pestañas del pubis con un mástil de fragata. ¡So bestia!

Meses después fue el propio rey quien tocó sorpresivamente el tema, sin que viniera al caso y mientras mondaba los tuétanos lumbares de un bovino.

—Vaya —exclamó con enfado— que ha hecho frío estas últimas noches, lo que no ocurrió cuando dormía conmigo la difunta Cunegunda... para librarme de una alferecía, lo mejor será buscar una doncella de no raquícos lomos.

—Magnífica idea —intervino el primer ministro— que será muy bien recibida por la gleba, que está pidiendo a gritos otra reina.

—¿Y la gleba, qué tiene que meterse en esto? Después de todo soy yo quien se va a casar.

—¿Tiene su majestad en mente alguna candidata?

—Soy viejo, mi fiel Carrasco, y no debo precipitarme al tomar decisión tan importante. Conociendo a las mujeres se puede esperar lo peor de ellas. Escucha esto: si me caso con una mujer joven y apetecible, lo más seguro es que me engañe. Mi difunta esposa, a quien Dios tenga en el purgatorio y no en el infierno, me ponía los cuernos hasta con los locatarios del mercado...

—No digáis eso, señor.

—Nada, Carrasco, a ti te consta y no te atreviste a contármelo por miedo a mi furia. Pero, ¿acaso crees que estoy ciego? Por fortuna, la infeliz traía un desperfecto en el molde para hornear niños, porque de otra manera estaríamos hoy rodeados de príncipes que no sabrían ni quién puso los ingredientes.

—Señor, no entiendo lo que pretendéis decir.

—Que buscaré una mujer vieja y fea, para que a nadie se le antoje ponerme la cornamenta.

—Pero, su majestad, hay que pensar en el populacho. Anhelan una reina joven, lozana y agraciada que luzca en los desfiles y en las fiestas patronales.

—El populacho no me interesa. He tomado ya mi decisión y nadie logrará cambiarla.

Por fin, una mañana el palacio amaneció engalanado con tapices, palios y guirnaldas. La chusma supo que algo grande iba a

ocurrir, sobre todo cuando empezaron a desgarrar el aire sonidos de pífanos, bombardas, cornamusas, parches y timbales.

—Su majestad —pregonó un heraldo— el rey Babuino IV contraerá nupcias este mediodía con la gentil princesa Rosafreda de Allatania. Arrodiillaos, desdichados, que ahora sale el cortejo.

Aquello de “gentil princesa” despertó comentarios entre los más suspicaces, pero nadie osó levantar la vista del suelo para conocer el rostro de la nueva reina. Sólo Crispín el verdulero, que espiaba escondido tras un enorme tafetán de color granate, pudo observar a sus anchas el aspecto de la contrayente.

Un día después el reino se escandalizaba al saber que la reina, además de bizca y cacariza, había padecido la polio cuando niña y por ello tenía una pierna tres palmos más espigada que la otra; por si ello no fuera poco, era voluminosa como un tonel y fea como pegarle a la hostia. En la corte nadie daba muestras de resignación ante lo decidido por el rey, pero durante algunas semanas se guardó hipócrita silencio en relación con el asunto.

Fue otra vez el primer ministro quien deslizó el comentario que reflejaba el sentir de las mayorías.

—Su alteza, no es que la reina sea precisamente fea, pero... —no pudo continuar su discurso. El monarca ordenó a su secretario que el primer ministro fuese destituido de su cargo para ir a pelar berenjenas y alcachofas en la cocina. Su lugar sería ocupado por Martín Orejas, primo en séptimo grado de la reina Rosafreda, además de muy popular entre las galopinas por lo que se traía entre manos cuando las visitaba en sus habitaciones.

La gente se preguntaba si el rey no se habría vuelto loco, pero las habladurías cesaron al ser prohibidas las reuniones de más de

dos personas en la vía pública y de más de cuatro a la salida de la iglesia. A pesar de todo, el júbilo popular se desbordó meses más tarde, al ser anunciado el nacimiento de un hermoso príncipe. Se realizaron bailes, verbenas, paseos campestres, aprovechando la bondadosa licencia para que pudieran reunirse hasta cinco personas en cualquier parte del reino. Al poco tiempo murió el soberano, siendo reemplazado por su digna esposa la reina Rosafreda I, quien fungió como regenta hasta que el príncipe Aldegardo V cumplió doce años y ascendió al trono. A pesar de la fealdad de su madre, el joven había heredado las facciones de su progenitor. En efecto, como todos supieron desde un principio, este joven rey era el vivo retrato de Martín Orejas.

Cómo enlatar un cadáver

Mañana lluviosa de agosto. El agua escurre en manojos desde la copa de los abetos y fluye en sendos arroyos a uno y al otro lado de la calzada. Relumbran el pasto y la maleza sobre los túmulos de tierra y se forman encajes de lodo en el mármol, el granito, el tezontle o la roca labrada de los mausoleos. Tres caballeros de impermeable han entrado a la oficina y se dirigen al administrador.

—Venimos a recoger las cenizas de nuestro papacito, porque hoy a las doce del día las depositaremos en una cripta guadalupana.

—Tenga la bondad de apurarse, pues ya deben estar aquí los invitados.

—Según esta factura de perpetuidad, están sepultadas en la fosa 47, lote de primera preferente, calefacción central, palanca adaptada al piso y quemacocos.

El funcionario, solícito, responde:

—Hagan el favor de sentarse. Voy a ordenar que se las preparen. Si las quieren envueltas en celoseda, deberán pagar una cantidad extra.

—No es necesario —aclara petulante el más calvito de los tres—, traemos una lujosa urna de plata con aplicaciones de marfil que nos llegó la semana pasada desde Cachemira.

—Hemos hecho —agrega el más rollizo— cuidadosos preparativos para la ceremonia, pues viene como invitado especial el secretario de la Embajada de Liechtenstein.

—No se te olvide recordar —apostilla el único bigotón del grupo— que estarán presentes también el entrenador de Las Águilas Salvajes de la Universidad de Wichita y el gerente general de los Autotransportes del Norte de Yucatán.

—Señores, entiendo que su padre era un hombre muy importante. No perdamos tiempo. Haré que les entreguen las cenizas de inmediato.

Comenzaban a impacientarse los deudos, cuando apareció nuevamente el administrador. Venía lívido y con el rostro desterrillado por el susto.

—Esto es algo increíble. Resulta que el padre de ustedes, además de ser muy conocido, debió ser un santo.

—No estamos para bromas. Díganos qué ha pasado.

—Todavía me cuesta trabajo creerlo. Llevo diez años al frente de este negocio y les juro que jamás vi algo semejante.

Los hermanos intercambiaron miradas de extrañeza, pero no se atrevían a interrumpirlo.

—¿Me creerán si les digo que está enterito? No tiene el menor signo de corrupción.

—Usted trata de tomarnos el pelo —dijo el mayor—, pues hace diecisiete años que lo sepultamos.

—¿No se habrá equivocado de fosa? —repuso el mediano.

—Si gustan cerciorarse...

Dudaron unos segundos antes de seguir al administrador por la calzada del cementerio, pero después de una rápida consulta al reloj, el calvo les dijo a los otros que ya no había tiempo que perder. Junto a un montón de tierra húmeda, todos los trabajadores contemplaban con morbosos terror el maravilloso cadáver que, con las mejillas enrojecidas, parecía dormir dentro del oxidado ataúd de bronce. Su gesto era beatífico y, aunque algunas porciones del traje negro estaban desgarradas, la piel que a través de las roturas podía verse era envoltura viva de carne no roída por los gusanos.

—Increíble —exclamó en un susurro el más severo de los hijos.

—Luce mejor que cuando estaba vivo —apuntó el siguiente, con una risotada nerviosa.

—Estamos fritos —remató el menor, con expresión de fastidio.

—En estos féretros los difuntos se conservan mejor que en los de madera —informó el administrador—, pero sólo unos cuatro o cinco años. Que yo sepa, nada más quienes mueren en olor de santidad presentan estos signos.

—Qué santidad ni qué ocho cuartos. El finado, nuestro padre, no se distinguió por haber llevado una vida virtuosa...

—¡Joaquín! —repuso escandalizado el menor—. Respeta su bendita memoria, por favor.

—No, Ricardo, no es una ofensa. Teodoro tiene razón, pues este maravilloso hombre que nos dio la vida tuvo la gran virtud de no privarse de nada.

—Será mejor que nos demos prisa —exclamó el mayor—, tenemos que estar en la Basílica antes de las doce y van a dar las diez y media.

—Entréguenos las cenizas inmediatamente.

—Señores, no hay cenizas.

—¡Qué falta de seriedad es ésta! Hablaré con el diputado para que lo reporte con el regidor de panteones.

—¿Y qué quieren que haga?

—Quémelo.

—Por desgracia no contamos con horno crematorio. Además, eso lleva tiempo y ustedes traen prisa... ¿Por qué no se lo llevan así?

—Usted está loco. ¿Acaso no sabe cuánto mide una cripta?

—Ajá. Lo mejor que pueden hacer es dejarlo aquí, tal como está. La fosa es a perpetuidad y nadie podrá turbar su sueño eterno.

—No diga tonterías... Los invitados esperan en la Basílica.

—Ustedes explicarán lo que pasó y santo remedio. A ellos les agradará saber que el cadáver se halla enterito, como encontraron a monseñor Guízar y Valencia, cuyo cuerpo fue descubierto sin rastro alguno de putrefacción.

—Pensarían que andamos mal de la cabeza —contestó, luego de reflexionar unos instantes, el más grande.

—Pues tráiganlos acá para que lo vean. Sólo así se convencerían de que no hay engaño.

—No tiene la menor idea de lo que propone —dijo enojado el del bigote—, eso sería de muy mal gusto.

—Les sugiero otra cosa. Llenemos la urna con cualquier clase de cenizas.

—¿Meter cenizas ajenas en la cripta de nuestro papá? —preguntó el mediano—. Eso sería una blasfemia.

—Entonces llévenla vacía.

—Con las cosas de Dios no se juega. Imagínese usted. ¡En la Basílica de Guadalupe!

—Señores, nada puedo hacer por ustedes. Con su permiso...

—Deténgase, maldito —gritó el mayor, echando la mano al cinto, donde traía escondida una pistola.

—No hay solución... ¿Qué quieren que haga?

—Entréguenos las cenizas de nuestro padre.

—No hay cenizas. Si lo quieren, llévenselo completo.

—Son las once de la mañana. Si en media hora no ha metido a nuestro papá en esta urna, somos capaces de hablar con el gobernador para que lo corra.

—Hable con el presidente si quiere —dijo el administrador, a punto de concluir la frase con una blasfemia.

—Pronto tendrá usted noticias de nosotros —replicó en tono sarcástico el calvito, quien hizo la seña a sus hermanos de que era mejor retirarse. El encargado había empezado a sudar frío cuando los llamó:

—Está bien, esperen un momento —volvió la vista hacia uno de los enterradores y dijo en tono imperativo—, ¡Lucas, ven!

—Dígame, jefe.

—Trae un hacha.

El anciano, de faz terrosa y humedecida por la llovizna, sintió que la sangre se le helaba en las venas. Quiso hablar, pero las

palabras se le ahogaban en la garganta. Quiso obedecer la orden, pero sus piernas no le obedecían. Únicamente los ojos se le nublaron de llanto.

Los tres señores palidieron también, pero al mismo tiempo dieron la espalda al cadáver y rápidamente caminaron hacia la oficina. Lucas preguntó en voz baja:

—¿En serio quiere que traiga un hacha? No me diga que...

—¡Hazlo picadillo!

—Eso no —respondió llorando como una criatura.

—¿Alguno de ustedes quiere que lo proponga para un aumento de categoría y de sueldo?

El anciano Lucas, que tenía tres hijos de su segundo matrimonio y apenas ganaba lo suficiente para medio alimentarlos, movió la cabeza con resignación y caminó hasta el cuarto de herramientas. Los demás enterradores manifestaban disgusto con una mueca de repulsión, aunque ninguno se atrevió a protestar, sobre todo al observar el rostro contrariado del administrador.

Lucas traía el hacha entre las manos sudorosas. Vio de reojo el cadáver, cerró los párpados y, temblando de horror, alzó el arma para descargar el primer golpe.

—¡Detente! Suelta esa mugre y ve a la carnicería a comprar tres kilos de retazo con hueso.

Los trabajadores dejaron escapar un suspiro de alivio. Hubiese sido una lástima tener que convertir en albóndigas esa belleza de cadáver, el más perfecto que habían visto en tantos años de trato familiar con la Parca. Lucas sintió que el piso se le movía bajo los pies y los demás tuvieron que sostenerlo para que no cayese en la fosa.

—Estos señores ya se fueron y lo único que debemos hacer es rellenarles la urna. Si quieren asegurarse, bastará con echar un vistazo al interior.

—¿Y qué hacemos con el muertito?

—Vuélvano a enterrar.

El muertito parecía verlos, agradecido. Su rostro estaba completamente mojado, porque la lluvia no había dejado de caer, menuda, persistente, piadosa.

La captura del Pirata

I

En el estudio del afamado detective matlatzinca Quirino Cuarón era una agradable mañana de enero. Un acogedor calorcillo invadía la atmósfera, depositando sensaciones de alivio en cada achaque de los numerosos que suelen acometer al célebre investigador en sus ratos de ocio, que no son muchos.

Preguntará el sagaz lector que cómo diantre podía ser una agradable mañana de enero y sentirse calor al mismo tiempo, si nuestro héroe vive en Toluca desde que nació; es decir, desde el 29 de febrero de 1913, fecha rarísima que le ha permitido cumplir sólo una cuarta parte de los años que realmente tiene.

Ya sabemos que 1913 no fue año bisiesto, pero éste es un misterio que él mismo no ha querido esclarecer, aunque suponemos que en la Decena Trágica se perdieron algunos de los días, entre los cuales iba el de su natalicio.

Lo importante es que la atmósfera del estudio era tibia y plácida, gracias al equipo de calefacción que los niños de la ciudad le regalaron a don Quirino como premio por haber identificado a Pomponio Argueta, el desalmado criminal que se disfrazaba de Santoclós para entrar a los hogares y robar los juguetes, que después vendía en una refaccionaria de naves espaciales que operaba en contubernio con la NASA.

Pero tal quietud estaba destinada a no durar mucho tiempo, pues éste es un cuento policiaco y no la última novela de Carlos Fuentes. De repente sonaron en el portón unos aldabonazos de “sálvese quien pueda”. El reputado criminalista pegó un salto de “quién fue el autor; lo quiero conocer”.

El anterior exabrupto nos ofrece una espléndida oportunidad para conocer al singular personaje, compadre y asesor de Valente Quintana (el Sherlock Holmes de México), benefactor de Hércules Poirot (el Quirino Cuarón de Bélgica) y maestro de Perry Manso (el Valente Quintana de Falfurrias).

A juzgar por su apariencia, es hombre de edad avanzada sin llegar a la decrepitud, de pequeña estatura sin llegar al enanismo y de facciones desagradables sin llegar a lo monstruoso. De todo ello deducimos una primera cualidad: su sentido de la medida. Más grueso de esqueleto que de abdomen, un par de pómulos angulosos enmarcan su rostro, dándole un aspecto de severidad que apenas logra ser atenuado por el extravío de sus pupilas divergentes, soñadoras y

vidriosas, una de las cuales apunta al firmamento mientras que la otra penetra profundamente en la tierra.

Su indumentaria es la de un hombre de setenta y dos años que desea seguir vistiendo como si tuviera veinte: traje de casimir de color gris rata, chaleco de satén a rayas, bastón de canutillo, sombrero hongo y paraguas de bambú. El pantalón guango y sujeto con tirantes, los zapatos de charol cubiertos en parte por las polainas, así como los parches, lamparones y roturas, vienen a confirmar la sospecha que ya teníamos al iniciar la descripción de su atuendo. En efecto, ésta debe ser la misma ropa que don Quirino usa desde que tenía veinte años.

Ahora nos detendremos a examinar los generales del sujeto que llegó a interrumpir el descanso del inmortal detective. De mandíbula ancha, ruda y mal afeitada, nariz retorcida y solferina, la única ceja negra describe un arco de medio punto desde el uno hasta el otro lado de la cara. Su porte taurino, que lo identifica con cualquier personaje de Blasco Ibáñez, Pérez Galdós o Pepe Alameda, aunado a la circunstancia de que muerde puro, se cubre con chaleco de tafetán y lleva tocada la testa con boina vasca, todo nos autoriza a proclamar que ¡arza! nos hemos topado con un auténtico baturro. Panzón y malfajado, lo taurino de su figura le viene por semejanza con algún picador veterano, de esos capaces de pandear a un purasangre.

II

El genial investigador ha franqueado el portón y observa —al mismo tiempo que nosotros— el estrafalario aspecto del visitante. Aprovecha su innata facilidad para mirar al semblante con el ojo derecho, en tanto que con el izquierdo vigila los pies, en previsión de una eventual patada voladora a los bajos. Es él quien rompe el incómodo silencio con esta frase lapidaria:

—¿Sabe usted para qué sirven los timbres, pedazo de alcornoque?

—¡Rediez! Pues sirven para mandar cartas, aunque algunos haraganes los coleccionan.

—Si será usted bruto... ¿A qué debo su presencia en este sagrado recinto?

—Recórcholis —contestó sorprendido el churumbel— que quiero hablar con un tío al que por mal nombre le dicen don Quirino.

—Para servir a usted y a toda su aventurera raza. Soy don Quirino Cuarón y ése de ninguna manera me parece un mal nombre.

—Siendo un detective tan famoso, lo de Quirino suena como cacareo de gallo.

—¿Y qué quiere que haga? En la vida real, los detectives nos llamamos Empédocles o Tolomeo. Tal vez su ignorancia supina le impida saber que Hércules Poirot es mi ahijado. Le pusimos así porque ese nombre le tocó en suerte según el más antiguo Calendario del Galván. Pero vayamos al grano, ¿quién es usted y qué busca?

—Verá, su ilustrísima. Mi gracia es Pafnuncio, Pafnuncio Igarrigarimentería Iburgüengoitia, pero con el fin de economizar, los de mi gremio me llaman Paf a secas.

—No me hace gracia. Parece nombre de abarrotero vizcaíno.

—Tanta sagacidad me asombra, es usted la persona que necesito. Mi padre, a quien debo la vida y también la gracia, era abarrotero, al igual que mi abuelo y que todos los otros Pafnuncios que se han venido trepando en mi árbol genealógico.

—Un árbol que no debe servir ni para leña. Debe usted saber, don Panfleto, que no me interesan esas historias domésticas. Sólo me atraen el crimen pasional, el genocidio y la delincuencia lombrosiana. De manera que si lo que trae usted entre manos es un asunto de poca monta, será mejor que hable con Leonardo Neutli, el jefe de la policía. Yo me dedico exclusivamente a los peces gordos.

—¡Rediez, o mejor recién, porque resulta que somos colegas! Da la casualidad que tengo una pequeña pescadería y es precisamente de lo que quiero hablarle.

—¿Por fin...? ¿Es usted abarrotero o marisquero?

—Para el caso lo mismo da. Vendo al precio que quiero y el cliente decide si lo paga o no: el abarrote casi es el oficio más antiguo del mundo.

—Entiendo, entiendo. Como la delincuencia, que es mi especialidad.

—Así es esto del abarrote...

—Robe y robe y ni quien lo note, como lo decía el filósofo mercenario Ugolino Villafaña.

—Permítame interrumpirlo, don Quirino, pero no tenemos todas las páginas de este cuento para meternos en asuntos filosóficos. Como dirigente que soy de la Liga Transoceánica de Pescadores y Comerciantes en Intramarinos Finos del País, me permito solicitar a su señoría que descubra a un peligroso salteador de frigoríficos al que sólo conocemos por el alias del Pirata. Su peculiar modo de operación tiene en un brete a todas las policías del mundo, como Yardland Scott, BFI y los pupilos del General Cannabis.

—Me interesa el asunto —dijo el célebre detective, sin poder ocultar un par de reflejos distantes en sus pupilas—, deme algunos detalles de los atracos cometidos por el susodicho.

—El Pirata entra cada noche a una pescadería, llevándose miles de pesos en productos del mar. Nada menos el viernes pasado fui víctima de un saqueo. Se llevó veinte kilos de camarón de Campeche, con precio comercial de sesenta mil pesos.

—¿Sesenta mil, dice usted?

—A tres mil pesos el kilo, que multiplicado por veinte...

—¡Es un verdadero robo!

—Claro que lo es. Por eso le pido que descubra al delincuente.

—Lo tengo frente a mí. Es un caso para la Procuraduría del Consumidor.

—¡Por la Virgen de Macarela tipo salmón, mida usted sus palabras! ¡No mencione el nombre de ese tribunal inquisitorial! Soy un honrado comerciante que vive de su trabajo y del ajeno. Vendemos a ese precio porque así de caro compramos.

—Más caro lo pagarán cuando estén consumiéndose en las llamas eternas, ¡horda de sátrapas!... Pero no se angustie, don

Flipper, me haré cargo de la investigación porque soy un romántico incorregible. Los misterios me seducen, ¿tienen alguna pista?

—Ninguna, el ladrón es muy hábil. Tiene la ligereza del delfín, la tenacidad de la trucha y la ambición del pulpo. No hay ningún dato acerca de él.

—Tanto mejor. Pero, ¿qué recibiré a cambio de mis esfuerzos?

—¿Qué le parece una cecina de caguama como anticipo?

—Es usted un pícaro malintencionado, mi buen *Flattop*. Acepto, esta misma noche comenzaré a trabajar en el asunto. Que me vayan poniendo a secar ese tasajo y mucho cuidado con engañarme, porque reconozco a una legua de distancia el olor de la carne de tortuga.

Y don Quirino cerró el trato dándole un garnucho en los belfos al simpático peninsular.

III

En el basurero municipal todo es concordia, limpieza y orden desde que fue cesado el anterior jefe de mantenimiento. Algunas figuras tenebrosas deambulan a la luz de la luna menguante sobre montañas de desperdicios acumulados durante décadas. Encorvados y mugrosos, tanto hombres como mujeres, niños y mascotas hurgan en aquel maremágnun donde reina el pandemónium *per saecula saeculorum*. Una figura diminuta y espigada se hace notar de repentina manera, ocasionando que los pepenadores interrumpan su vendimia. Aureolado por el resplandor fosforescente de una colina que arde a sus espaldas, don Quirino se dispone a interpretar uno de sus

personajes favoritos: el de Morfeo en los infiernos. Señalando con su bastón al rostro de un menestero, inquiere en tono olímpico:

—¿Has visto al Capitán?

—Me cai que no, jefecito.

Los otros desharrapados recogen velozmente sus costales a medio llenar y a la voz de “¡Aguas, chómpiras, que ya nos apañó la chota!”, comienzan a desperdigarse. Don Quirino, sin perder la compostura, muestra un billete arrugado al individuo que lo encara temeroso. Éste, sin dar crédito a lo que ve, se acerca al detective para observar con fruición el calendario azteca impreso en el papelucho, mientras pregunta:

—¿De éstos ya no hay, verdad jefecito? ¿Cuánto darán en el banco por un billete de a peso?

—Tengo otros cuatro aquí en la bolsa. Te los daré si me dices en dónde puedo hallar al Capitán.

—Verdad de Dios que no lo he visto.

—Está bien, tú ganas. Toma tres canicas, un cacho de torta de jamón con aguacate y este *Chanoc* usado, pero responde a lo que te pregunto.

El hombre estira la mano para recibir el pago de la traición. Luego mira con disimulo hacia un edificio en obra que se distingue en lontananza, al tiempo de susurrar:

—Entrando, a mano derecha.

—¿Allí duerme?

—Me imagino que sí, porque vive solo. Tiene varios días de no venir, aunque parece que tampoco está enfermo.

—Eso es todo lo que necesitaba saber. Toma los cuatro pesos, maldito delator... ¡Judas!

Con aire displicente, el inmortal detective abandonó el basurero. Cerca de ahí lo esperaba su Ford T, esa venerable pieza de museo que lo ha transportado por los cinco continentes y que tan grandes servicios ha prestado a la causa de la justicia. En el interior del armatoste se advertía la figura bonachona de Gori, el corpulento sordomudo que ha sido secretario privado, chofer, mayordomo y traductor de don Quirino desde 1912, es decir, desde un año antes de que naciera el increíble investigador, misterio que el propio Gori no ha querido dilucidar nunca, porque la discreción es una de las virtudes cardinales del buen secretario.

—Bien, Gori, vamos a esa construcción —dijo don Quirino con voz suave y afectuosa, indicando la dirección con su ojo derecho, pues el izquierdo lo tenía ocupado en revisar los frenos—, creo tener una buena pista. El Capitán, Gori, es un viejo pepenador al que sus propios colegas califican de excéntrico. Aunque te parezca mentira, fue capitán de barco, pero su mala suerte lo colocó en esta triste situación. Hace veinte años perdió su barco en los muelles de Hong Kong... Sí, Gori, ya sé que es una historia inverosímil, pero había tomado algunas copas y cometió la torpeza de jugar póker de apuesta contra unos marineros neozelandeses. Terminó perdiendo el barco con todo y tripulación. Por dignidad, se abstuvo de notificar tal desgracia a la Real Armada Noruega. Mira, detente. Aquí lo encontraré con toda seguridad. Espérame diez minutos, Gori.

IV

Don Quirino avanzó algunos pasos, escudriñando entre los andamios. De pronto, su ojo derecho le comunicó la proximidad de una hoguera. Caminaba sigilosamente para no tropezar con los materiales amontonados en el piso, sin dejar de ver a lo alto para evitar que le cayera en el occipucio una viga mal puesta. Una silueta familiar se hizo presente al doblar la esquina. Allí estaba, pelirrojo y robusto, con gruesos bigotes arriscados a manera de manubrio, el Capitán.

—Me da gusto saludarte otra vez, Pantaleón Anderson.

—¡Quirino! ¡Qué sorpresa! Debiste haber anunciado tu visita. Habría preparado un estofado de jaibas con calamares a la Thermidor.

—Por lo que veo, tus hábitos alimenticios no han cambiado.

—En ocasiones consigo una cabeza de robalo o unas valvas de almeja. Ya con eso tengo para comer caldo por lo menos durante una semana. Los mariscos me traen buenos recuerdos.

—Eres un depravado o un *gourmet*, no lo sé todavía. Pero, ¿en verdad no comes otra cosa?

—Desde luego que no. Ahora estoy de plácemes. Desde hace algunas semanas están llegando al tiradero muchas cáscaras y hasta cabezas de camarón.

—Camarón de Campeche, según me indica mi finísimo olfato.

—He recogido varios kilos de pellejos y demás sobrantes.

—¿En un solo lugar?

—¿Cómo?

—¿A qué parte del tiradero son arrojados estos manjares?

—Sólo en la esquina suroeste, entre los veintisiete y treinta y dos grados, a cuatro brazas de profundidad.

—¿Qué camión los tira?

—El 27. Su conductor es el Güero Báez.

—¿No es el que sigue la ruta de los barrios del Atepecate, la Pedrada y la Resorterera?

—Ahora también pasa por la Colonia de los Burócratas.

—Muy interesante... ¿Ganarán lo suficiente para comprar camarón de Campeche?

—Me imagino que andas con un caso muy gordo, pero no entiendo por qué tengas que hacer esta clase de averiguaciones culinarias pecuniarias.

—Volveré pronto, Pantaleón Anderson. Prepárate a comer un ceviche de anca de sirena.

—Ulalá...

—Lo dicho: eres un depravado.

Sin esperar respuesta, el genial pesquisidor se dirigió a su cachaca, mientras que en la navaja de los cerros se sacaba punta el nuevo sol.

V

San Cuilmas estaba desconcertado por la presencia de ese hombrechillo de mirada indecisa que lo interrogaba sobre sus andanzas como machetero en un camión del servicio de limpia.

—Voy, voy, mi estimado, pos que voy a andar metiendo las narices en la porquería para ver todo lo que tira la raza. Casi es nada

más lo que no se tragan o lo que ya viene de salida por los conductos de escape. Usté me entiende.

—A partir de mañana se va a fijar en lo que viene adentro de cada bote. Me interesa saber quién tira sobrantes de camarón.

—Está usté rete lorenzo, míster, pero si quiere que le entre con su encarguito va a tener que cooperar para mis aguas.

—De momento, guárdese este bonito retrato de don Pancho Madero, bellamente impreso en tinta verde.

—Me gusta más la foto de doña sor Juana. Es que tengo una tía monja.

—¿Como ésta?

—Juega el gallo.

—Mañana mismo quiero ver resultados.

—Okey, maguey. Nada más no se lo platique a nadie, pues van a creer que también me patina de a feo.

VI

Pálido como un cirio, Atenodoro Reyes trataba de no dar crédito a las amenazas de don Quirino, el criminal inmortalista (perdón, quise decir el inmortal criminalista), quien severamente lo interrogaba:

—De acuerdo con la nómina, usted gana veinte mil pesos diarios, ¿cómo pudo comprar camarón de Campeche, si el kilo está a sesenta mil del águila en todas las pescaderías?

—Le juro, señor, que no me lo robé. Estuve ahorrando todo un año para regalárselo a mi vieja el día de su cumpleaños. A ella

le fascinan y por eso le pregunté: “¿Qué prefieres, un anillo de perlita o un kilo de camarones?”. Sin pensarlo dos veces se decidió por lo segundo, y ahora por su culpa estoy metido en este lío. Por favor, don Quiri, tenga piedad de mí, no me vaya a denunciar porque me aplican la Ley de Responsabilidades y hasta a la cárcel voy para hacerle compañía a la Kina Kintero.

—No es para tanto, joven Ateneo. Enséñeme la factura de los camarones, eso es todo lo que le pido.

—La perdí. Ya ve que uno jamás pone atención en guardar esos documentos.

—¡Basta, farsante! ¿A cómo lo compró? ¿Quién se lo vendió? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¡Hable, canalla, si no quiere pasar varios años a la sombra por adquirir mercancía robada!

—Está bien, diré la verdad. Hay un compañero que vende mariscos en las oficinas, a mitad de precio.

—¿Cuál es su nombre?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué? ¿Amenazas de muerte?

—Simplemente porque sólo conozco su apodo. Le decimos Patadehule.

—¿Patadehule? ¿No es el que hace la limpieza en el Museo de Animales Disecados?

—El mismo que malviste y mediocalza.

—Tengo el caso resuelto. Gracias por sus datos, joven Antero, y procure no hacer esa clase de regalitos a su señora, porque podría meterse en un problema más grande. La próxima vez será preferible que le obsequie un anillo de perlita.

VII

Pafnuncio está desconcertado por la noticia que le acaba de dar el sublime detective matlatzinca.

—¿Quiere decir que ha identificado al Pirata?

—En este momento, la policía debe estar aprehendiéndolo en el Museo de Animales Disecados.

—¿Cómo lo descubrió usted, don Quirino?

—Antes de dar una respuesta, quiero que me conteste con toda sinceridad una pregunta.

—¿Sinceramente?

—Sí, y no mienta, porque conozco a todos los de su calaña... ¿De dónde sacan el bacalao noruego que venden a precios prohibitivos en Cuaresma?

—¿Promete no decírselo a nadie?

—Todo el mundo lo sabe y pasaría por imbécil si se tratase de demostrar lo contrario.

—Bueno, pues sí. Es cazón del Golfo.

—Una especie de tiburón, ¿no es así?

—Ajá. La clientela no podría pagar lo que cuesta el genuino bacalao noruego. Pero, ¿qué tiene que ver esto con el Pirata?

—Para allá voy. El desvergonzado entraba a las pescaderías dentro de un pequeño tiburón disecado, en el fondo de alguna caja de bacalao seco. Por la noche robaba la mercancía y antes de que se abriera el negocio entraba otra vez en la zalea del animal, después de colocarla sobre la caja. Ustedes, temerosos de ser descubiertos, pues suponían que se había ido en la caja un tiburón completo, lo

mandaban tirar a la basura. Así fue como pudo cometer tantas atrocidades el Pirata, es decir Patadehule.

—¿Cómo pudo idear este malvado tan ingeniosa forma de robo?

—Por simple asociación de ideas. Patadehule realmente se llama Jonás.

—¿Cómo lo identificó usted?

—Los piratas usaban antes pata de palo. Hoy se ha puesto de moda el vinil y hasta otra clase de materiales sintéticos. Los modernos corsarios usan pata de hule.

Don Quirino descolgó su sombrero, su bastón y su paraguas de la percha y se disponía a salir de la trastienda del pescadero cuando le vino a la mente la imagen de Pantaleón Anderson.

—Y no me dé las gracias, don Plaf. Únicamente procure tirar tres kilos de mariscos surtidos, en una bolsa de nailon, mañana a primera hora, cuando pase el camión de limpia.

—¿Podría explicármelo más despacio?

—Le costará otros tres kilos de mariscos.

El gachupín prefirió quedarse con la duda.

De rerum novarum

Cuando termine de chupar su ración de sangre en el antebrazo, ha de surcar, línea tras línea, toda la palma de mi mano. El ejercicio fortalece, decía el abuelo, en aquellos días de su esperar-que-viviría-cien-años. Yo lo acechaba desde la puerta del granero, atrás de la puerta, parapetado en la hoja de esa puerta de oyamel podrido, hasta que se perdía entre los manzanos, mimetizándose en las sombras. Sombra él también, aunque pesada y desprovista de frutos.

Apenas he sentido el pequeño piquete, punzada de alfiler con punta roma, succión frugal no de apetito sino de hambre amaestrada. Hay que comer lo suficiente, nada más que lo suficiente, me decía el viejo, mientras mondaba con la navaja de acero suizo el afelpado melocotón, ese perfecto planeta sin mares ni cordilleras,

al que habría de partir, después, en meridianos, como cortando las horas huecas de una existencia cuadriculada, la clave de su ser que se le había vuelto cifras en la nómina de pensionados.

Cuando nos conocimos, ella se regodeó en el extenso festín de mi piel, dejando ronchas en todas partes. Yo le tenía miedo al abuelo, porque me golpeaba todos los días con la hebilla del cinturón, como castigo por treparme a los árboles o jugar en el lodo. Me tundía también si le preguntaba cosas que él no entendiese y al verme callado decía que algo malo estaría tramando, y entonces la golpiza era mayor.

Ahora se conforma con taladrar algún poro que no está del todo seco, para ir absorbiendo con lentitud el jugo, la sustancia, el plasma. Un día llegaron los misioneros —los aleluyas les llamaba el viejo— y lo convencieron de que ya no debía castigarme de esa forma, porque a los niños no hay que pegarles para que se eduquen.

Yo la enseñé a dar marometas, a patear una bola de papel mascado y a caminar con coquetería, como una señorita. Aunque el abuelo hubiera dejado de darme mis felpas, me escondía de él al escuchar el jadeo de su respiración, y le jugaba tretas cuando iba a buscarme en el granero.

Un día se me ocurrió vestirla de bailarina con los restos de un pañuelo viejo que encontré en mi bolsa. Pasé toda una noche armando un corpiño y una faldita plisada a su medida. Aquella vez en que él decidió ponerse su traje de oficial del ejército, sólo por ver qué impresión causaba en mí, le hice la broma de no aparecer por casa hasta muy de noche, cuando estaba acostado ya y no sabía si maldecir o agradecerme el que no haya querido verlo,

panzón y empobrecido dentro de un uniforme que le quedaba alto y estrecho.

A veces la vestía de colombina o bien de odalisca, sacrificando puños de camisa o valencianas de pantalón. No sé en qué momento nos aburrimos, yo de sentirme sastre y ella de estrenar disfraces. De cualquier forma, uno también se cansa de divertirse. Cuando el abuelo cumplió noventa años, anduvo desnudo por toda la casa pregonando que el mundo se iba a terminar, porque así se lo habían advertido unos ángeles que con frecuencia lo visitaban.

Estoy viendo al abuelo en ella. Después de ambular por la palma de mi mano, me pide que la deposite en el suelo, para que pueda dormir la siesta. Hunde sus seis patitas contra el vientre y trata de no pensar en nada, poner la mente en blanco, reposar a sus anchas. A veces lo consigue y empieza a roncar, primero en volumen muy bajo, después ruidosamente. De pronto se estremece al escuchar otra vez el vuelo de los aviones, el estallido de las bombas, la cercanía del instante final.

De nuevo es el horizonte prensado entre el cielo y la tierra. La oscuridad que nos reúne. Este estar ella y yo, sin abuelo posible, con todo el tiempo para inventar algo que se parezca a la literatura.

Índice

- 9 Solsticio hiemal
- 13 Génesis apócrifo
- 19 El signo de la alianza
- 23 El único edén posible
- 27 El verdadero mito de la natividad
- 31 Los límites del milagro
- 35 El monstruo en la sangre
- 39 El mismo cantar
- 43 Capacidad de adaptación

- 47 Torneos de vida y desamor
- 51 Quetzalcóatl, el inolvidable
- 55 Coyote hambriento
- 59 Vanidad de hombre / Caprichos de diosa
- 63 *Le jeu du cor (la joie de la cort)*
- 67 Diálogo de caballeros
- 71 La buena leche
- 75 *I sing an oldfashion song*
- 79 En manos de la maga
- 83 La bien aparecida
- 85 Una temporada entre los oey
- 93 Pérdida irreparable
- 101 Cuento de hadas

107 Cómo enlatar un cadáver

115 La captura del Pirata

131 De *rerum novarum*



Génesis apócrifo, de

Alfonso Sánchez Arteché, se terminó de imprimir en enero de 2020, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Erika Lucero Estrada Ruíz. Formación: Claudia Piña Juárez y Angélica Sánchez Vilchis. Portada y supervisión en imprenta: Angélica Sánchez Vilchis. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, Silvia Martínez García, Carmen Itzel Ramírez Rosas y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

